

LATENCIAS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA EN *MÍSTER WITT EN EL CANTÓN*, DE RAMÓN J. SENDER

Mercedes Díez-PICAZO

La interpretación de *Míster Witt en el cantón* que se expone se ha hecho siguiendo el hilo de los escritos literarios y periodísticos de Sender y de su inmediato entorno, el de la Segunda República.¹ A esta luz, la novela, escrita velozmente en el mes de noviembre de 1935, muestra numerosas latencias de su presente político; incluso se puede interpretar como una parábola sobre el discurrir de la Segunda República, afectada por la revolución del 34. Recrea el cantón, pero refleja el panorama político de la España de 1935. La Cartagena del 73, que era un referente típico del fracaso de la revolución, a Sender le sirve para aleccionar. La narración ofrece una esperanza final: la reconciliación del matrimonio —en el que Milagritos encarna la ingenuidad del pueblo y *míster Witt* la complejidad del intelectual ilustrado— y la posibilidad de descendencia. La novela tiene unidad temática y carece de las incoherencias que los críticos han apuntado. Responde al afán de su autor de participar con la literatura en los problemas políticos. Defiende, de hecho, la idea de un frente único de la izquierda burguesa y el pueblo como fórmula para salvar a la República, en un momento decisivo, las elecciones de febrero de 1936.²

La trayectoria de Sender se comprueba en los periódicos.³ Estuvo en la izquierda política, aunque sostuvo que su fragmentación era un error. Colaboró con

¹ La iniciativa de este trabajo se la debemos al profesor Jover, en 1987. Para las referencias y citas de *Míster Witt en el cantón* he utilizado la edición crítica del mismo profesor (José María JOVER, ed., *Míster Witt en el cantón*, Madrid, Castalia, 1987).

² Sobre las ideas y los escritos políticos de Sender, remito a mi trabajo «Política, periodismo y literatura en torno a R. J. Sender durante la Segunda República» y a la versión completa del estudio e interpretación de *Míster Witt* («Posibles latencias de la 2.ª República en la novela *Míster Witt en el cantón*»). Ambos están depositados en los fondos del «Proyecto Sender» del Instituto de Estudios Altoaragoneses desde el verano de 1995. A la amabilidad de este organismo y a la intercesión de los profesores Jover y Mainer debo la publicación de esta síntesis, que espero poder fundamentar de manera adecuada en el breve espacio de un artículo.

³ Para el estudio citado en la nota anterior, revisé toda la prensa «senderiana» de los años treinta, además de las publicaciones novelísticas. Sistemáticamente los contenidos políticos e ideológicos de esos medios —el más largo y completo

los anarquistas y se sintió atraído por la organización del Partido Comunista. Denunció el fascismo con insistencia. Su posición es la de un intelectual de izquierda, aunque no le guste reconocerse como tal. Mantiene reticencias hacia la República como régimen y añora la que hubiera sido con Galán.⁴ En 1935, tras la revolución de Octubre, opta por defenderla. Insistió, en artículos y en novelas, en que la única solución posible era la unión fecunda entre las masas trabajadoras —el pueblo— y la burguesía intelectual. Sabemos que fue consecuente en la guerra civil. Aunque durante los años de la posguerra quedó enturbiada, la coherencia ideológica de Sender aparece hoy, a la luz de nuestro panorama democrático actual, bastante clara. Él mismo la valoraba así a Marcelino Peñuelas en 1970: «todo el mundo cree (en la socialdemocracia) y espero que llegue por la vía pacífica, porque (la) hemos intentado en todos los países por la vía violenta y siempre ha fracasado. Además, la victoria de una manera violenta es una victoria ya manchada por la injusticia...».⁵

ASPECTOS EXTERNOS DE LA NOVELA

Míster Witt en el cantón se escribe en un tiempo muy breve, entre el 2 y el 24 de noviembre de 1935. La presenta el autor al Premio Nacional de Literatura, cuyo tema debía tratar un episodio de la Historia española de la segunda mitad del siglo XIX, y lo obtiene. Se comunica la concesión el 2 de enero de 1936. Editada unos meses después, en abril, recibe varias críticas en periódicos y revistas españolas ese mismo año y en el suplemento literario del *Times* en 1937. La guerra civil y los acontecimientos posteriores sumen a esta novela casi en el olvido hasta que en 1968, en una situación claramente distinta, se reedita por Alianza Editorial. El público español tiene ocasión de conocerla y le dispensa un éxito considerable. Aparecen nuevas críticas. Los autores que han escrito sobre Sender la han tratado como una más de sus obras sin coincidir en su interpretación.

Cuando en el mes de noviembre Sender «se encierra» a escribir su novela, la situación política del país es crítica. Tras la revolución de Octubre, la izquierda reclama «serenidad» y «clemencia» y promueve un Frente Único. El Gobierno radical, aliado a la CEDA, cae tras el escándalo del estraperlo. Lerroux dimite el 30 de octubre y el 1 de noviembre se informa de que las elecciones serán en febrero del 36. Los periódicos toman posturas; *La Libertad*, a favor de la unión de la izquierda. Azaña, tan denostado en 1933, aparece como el único hombre capaz de presidir la difícil unión. El proyecto parece consolidarse a fines de 1935.

corresponde a *La Libertad*— en el tiempo en que se producían los acontecimientos. Este trabajo me permitió tener una visión inmediata del acontecer diario de la España republicana, tal y como se transmite a través de los periódicos. Sin él no hubiera podido trazar esta interpretación de la novela ni desarrollar las analogías que expongo. De él extraigo también los textos que se citan aquí.

⁴ Sender muestra por él gran admiración. En los periódicos consultados aparece como el «mártir» de la República. Se exalta su figura de manera persistente.

⁵ Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970.

A Sender le preocupan los problemas políticos. Siempre ha justificado la literatura como un medio de participar en la sociedad.⁶ Es fácil pensar que en la novela que estudiamos influya ese interés. Del compromiso del escritor trata, una vez más, el 5 de marzo del 35, en *La Libertad*: «[...] para mí el trabajo literario representa sólo la mitad de mi vida». Cree que «la inhibición lleva a la miseria moral» y que «una de las maneras [...] es ésta [...] escribirla». Sobre la situación española dice en *Tensor*, en agosto de 1935: «Vino la Segunda República y la timidez de la burguesía liberal —timidez que se había ya manifestado en el período de agitación y conspiración— acentuada cada día más por la presión de los trabajadores [...]». Formula una propuesta política: «la auténtica burguesía española que no ha hecho su revolución suspira al lado de Azaña. Sólo puede salvarla la presión de las clases populares».

El Premio Nacional de Literatura de 1936. Por qué se presentó al Premio, por qué escribió tan precipitadamente la novela⁷ y por qué eligió el episodio de Cartagena son cuestiones que deben tratarse. Sender en 1935 era un escritor muy acreditado desde *Imán*. Sus novelas *O. P.*, *Siete domingos rojos* y *La noche de las cien cabezas* habían obtenido excelentes críticas. Su labor periodística era brillante; con treinta años podía considerarse un escritor de éxito, lo que se evidencia en el tono de sus numerosos artículos, en las páginas que ocupan y en la repercusión que tuvieron; en especial, el reportaje de Casas Viejas, que se citó en el Parlamento. Quizá el ser un escritor significativo le llevó a presentarse al Premio con el objetivo de conseguir mayor resonancia para su obra. Es difícil pensar que le movieran las cinco mil pesetas del Premio, dada su actitud desdenosa y su orgullo, que había exhibido en «Veinte mil duros» (*La Libertad*, 4 de abril de 1933), burlándose de los que se presentan a los premios literarios y jactándose de su desahogada posición económica, debida a los derechos de autor. Pudo cambiar de opinión, pero que su decisión sea tan repentina y que redacte su obra en los últimos días del plazo parece menos convincente. ¿Por qué esa precipitación?

Que el asunto escogido para la novela se deba a las condiciones del Premio no convence tampoco. De la Historia del siglo XIX hay muchos asuntos de que escribir. Pero, precisamente, el episodio del cantón de Cartagena era el menos neutro. En la izquierda política significaba el fracaso de una ilusión. Había una antigua condena de Engels: «los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de cómo no debe hacerse una revolución». Galdós, republicano convencido, hizo duras amonestaciones en su *Episodio*. Traía a colación el fracaso de la Primera República para los que hubieran deseado su consolidación. En la Segunda República, es un

⁶ En particular el reciente estudio de José Domingo DUEÑAS LORENTE, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.

⁷ Según José María JOVER, ed. cit., Sender apartó un proyecto ya iniciado para llevar a cabo la novela del cantón. Los biógrafos y estudiosos de la obra de Sender tratan el asunto.

tópico recurrente y es uno de los temas predilectos de *La Libertad*, con el que alecciona cuando se cree que la República peligraba. Que Sender, colaborador asiduo del periódico, lo escoja como centro de su novela no puede ser casual; tampoco que la escriba justamente a finales de 1935, tras la revolución de Octubre, ante una expectativa electoral de gran trascendencia, y que la presente en el último momento a un premio de tanta difusión como el Nacional de Literatura.

Sobre los componentes del jurado, hay que considerar que la posición ideológica de Machado se encuadra en el republicanismo intelectual y progresista, favorable a las aspiraciones populares. Pío Baroja es partidario del progreso, pero no cree que se llegue a él por la acción violenta de las masas. Pedro de Répide es un periodista entroncado con el diario *La Libertad*. Por tanto, se puede suponer que estos miembros destacados del jurado, además de los méritos literarios de Sender, aprobarían la propuesta que hacía con la novela.

Las críticas a «Mister Witt en el cantón». Hay diferencias en las consideraciones de 1936 y las de treinta años después. En las primeras se aprecian reticencias y matices al valorar los personajes, según sea la orientación ideológica del periódico o revista en que se escribe. Con todo, el propio Sender arremeterá en estos meses de 1936 contra los críticos, a los que acusa de no entender las obras. La primera crítica que aparece en *La Libertad* es la del 24 de junio⁸ de 1936, dos meses después de su publicación. En los meses anteriores no se le ha hecho más alusión que la escueta del 2 de enero en que, en la página 5, se comunicaba la concesión del Premio y se felicitaba al ganador. Esto puede considerarse como un raro silencio que choca con la relevancia que Sender ha tenido en el diario. La crítica de la novela la hace Lázaro Somoza Silva, sin las alabanzas de otras veces. Dice que «la fecundidad puede ser perjudicial al juzgar», para afirmar a continuación que «el autor de *Siete domingos rojos* es fecundo». De la novela escribe que su autor «ahora se ha entretenido en formar una filigrana», lo que parece un reproche, puesto que el mismo crítico había considerado un año antes como virtud el que Sender «no se detenía en la filigrana». Cree que la elección del episodio es «aleccionadora» para los republicanos de la Segunda República, puesto que «el cantón federal fracasado por exceso de verbalismo en los conductores de masas» es un ejemplo vivo de lo que no debe hacerse. La interpretación corrobora las tesis del periódico. También, el que se destaque a *mister Witt* como la figura más interesante y positiva. Dice que «Sender aprovecha los rasgos psicológicos y raciales de los ingleses para juzgar acontecimientos»; además, valora a *mister Witt*, que «comenta con sagaz golpe de vista y fino espíritu analítico los episodios que contempla». Otros periódicos no defienden a *mister Witt* y reprochan la acción de las masas. En junio de 1936, en *Nueva Cultura*, de talante

⁸ No el 24 de abril, como dice Charles L. KING, *Ramón J. Sender: An annotated bibliography. 1928-1974*, Metuchen, The Scarecrow Press, 1976.

socialista, Eusebio García Luengo destaca a Antonete como «el caudillo rudo de los cantonales». De la novela dice «que los motivos históricos no quedan claros».

Francisco Pina, en la revista *Leviatán*, considera que el novelista tiene «una visión marxista del proceso cantonal» y destaca la figura de Antonete Gálvez, el revolucionario moderado y conciliador. *Mister Witt* es hombre «de espíritu científico», cuya «cultura y ecuanimidad» le hacen inferior al hombre de acción que es Antonete. Milagritos representa al pueblo, de quien el inglés está profundamente enamorado. Encuentra simbolismos y dice que «hay episodios de esta lucha que recuerdan otros recientes de la Segunda República».

En *Índice Literario*, la revista de la Junta de Ampliación de Estudios, la crítica, sin firma, se atribuye a Pedro Salinas. Se centra en el análisis de la pareja protagonista, de la que se dice que «ha gozado de una felicidad exterior, nunca gravemente perturbada», aunque «la diferencia de caracteres se ha mantenido constantemente». Valora a *mister Witt* como «un hombre de ciencia» y a su mujer como «un temperamento fogoso». En cuanto al conflicto que desarrolla la novela, matiza que «*Mister Witt* ha tenido siempre celos, no de ningún adulterio material, pero sí de posibles infidelidades espirituales». Sobre el conflicto final, se pregunta el crítico: «¿qué ocurrirá ahora?». Se asombra por la contradicción: «No [...] ella acepta su suerte de esposa y se decide a marchar con él hacia Madrid». Y termina con una interpretación de carácter político: «ha querido significar las dos actitudes ante la revolución: la de la adhesión instintiva (Milagritos) y la del apartamiento intelectual representado por *mister Witt*».

En el suplemento literario del *Times* de 1937, se considera que la novela es difícil de entender para un extranjero y se afirma que *mister Witt* no parece típicamente inglés a los lectores ingleses.

Cuando la novela se reedita vuelven las críticas; se ha estudiado la obra completa de Sender y se la atiende desde el conjunto de su producción. Peñuelas, cuando entrevista a Sender en 1970 en Estados Unidos, recoge unas palabras enigmáticas sobre *mister Witt*: es el «inconsciente erótico del hombre o de la mujer ligado con el inconsciente colectivo»,⁹ así como la advertencia de que no se trata de una obra en clave. Collard¹⁰ reflexiona sobre la posible relación con los problemas de la época en que se escribió, pero no concluye nada definitivo. Carrasquer¹¹ considera que lo más enigmático de *Mister Witt* desde el punto de vista moral es el desenlace y se pregunta si no será «un símbolo de la mujer española atada de cuerpo y volandera

⁹ Marcelino C. PEÑUELAS, *op. cit.*, p. 129.

¹⁰ Patrick COLLARD, *Ramón J. Sender en los años 1930-1936. Sus ideas sobre la relación entre literatura y sociedad*, Gante, Rijksuniversiteit te Gent, 1980.

¹¹ Francisco CARRASQUER, «*Imán*» y *la novela histórica de Sender*, Londres, Tamesis Books Limited, 1970.

de espíritu». El suplemento literario del *Times* se ocupa otra vez del novelista español en 1959. Trata de su obra completa, puesto que Sender tiene muchos lectores de habla inglesa. El título del artículo, «Between reality and dream», parte del uso libre de la fantasía y la realidad. De *Mister Witt* sólo apunta que trata de un episodio histórico. Unos años más tarde, en *Cuadernos Hispanoamericanos* (1974), Pérez Montaner cree que la obra de *Mister Witt* «refleja probablemente realidades muy coetáneas» y que la Historia del siglo XIX es sólo un telón de fondo, aunque no desarrolla su intuición. La crítica en *Ínsula*, realizada por Corrales Egea, hace hincapié, por el contrario, en el proceso psicológico de la pareja de protagonistas. *Murgetana* se refiere certeramente a «la dificultad del lector que no conozca bien la historia para entender los problemas que plantea la novela». Michiko Nonoyama,¹² por último, opina que la novela que estudiamos es un intento por parte de Sender de aleccionar a los anarquistas.

Merece citarse, por último, la opinión del propio Sender sobre la crítica. La hace en *Leviatán*, en mayo de 1936,¹³ cuando se publica su novela. Tiene palabras muy duras, casi exabruptos, contra los críticos que no entienden a los escritores: «una crítica mediocre nacida con fórceps y malcriada con el biberón universitario». Aunque no se refiere a su obra, sino a la de Valle-Inclán, del tono del artículo se desprende acritud. Insiste en su desprecio por la novela convencional, que sólo analiza sentimientos, lo que hace pensar que la suya no esté dedicada a tal asunto. Reclama que la literatura se ocupe de lo social y no de lo individual; pide una literatura «de solidaridad y de utilidad». Parece como si con estos comentarios el autor diera pistas para una interpretación adecuada de la obra que acababa de escribir.

LATENCIAS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA EN *MÍSTER WITT EN EL CANTÓN*

El tema elegido: las lecciones históricas. Cartagena, un símbolo. Cuando Sender escribe su novela, en *La Libertad*, el tema del cantón de Cartagena era un tópico político cargado de significado. Hemos visto que era una vieja referencia usada desde Engels a Galdós. Aún hoy, en la mentalidad popular, es ejemplo socorrido de la ingobernabilidad. La izquierda no veneró de forma unánime este episodio. Una parte creyó que había contribuido al descrédito y al final del sistema republicano de 1873. Se consideraba un episodio ambivalente que seguía suscitando polémica. En la Segunda República el tema revive y para *La Libertad* el episodio de Cartagena constituye una amarga enseñanza que se recuerda con frecuencia. No es el único episodio histórico que se evoca y, como todos los demás, tiene una intención aleccionadora. Desde 1930 hasta 1936 hemos recogido más de treinta artículos —edito-

¹² Michiko NONOYAMA, *El anarquismo en las obras de R. J. Sender*, Madrid, Playor, 1979.

¹³ Ramón J. SENDER, «El novelista y las masas», *Leviatán*, 24 (mayo de 1936), pp. 31-41.

riales, crónicas, comentarios, etc.— que hacen advertencias, a veces intensas, sobre la situación del momento y recuerdan las consecuencias que tuvieron en el pasado situaciones similares. El tema gira siempre en torno a la República, a su estabilidad, su fragilidad, su posible destrucción y la necesidad de protegerla. Veamos algunos ejemplos.

Una vez proclamada la República, se utiliza la lección de la Historia sin las sutilezas que se habían empleado en la época anterior, en que existía la censura. Cada situación tiene en el pasado su lección correspondiente. Se previene contra el uso de la violencia y contra la impaciencia política y, sobre todo, contra la impaciencia revolucionaria. Al iniciarse las primeras acciones reivindicativas de los sectores obreros más radicalizados, en concreto los anarquistas y la huelga de Telefónica, *La Libertad* escribe (17 de junio) un titular muy expresivo: «Impaciencias demagógicas». Muestra sus temores y trae a colación el año de 1873. El 14 de julio, abierto ya el proceso constituyente, las páginas 7 y 8 se dedican a «Las constituyentes del 73». De forma destacada, se dice: «que nos sirvan de lección». El aleccionamiento con la Historia se atenúa o se agudiza según sea el nivel de tranquilidad o de crispación de la vida política: en 1932 es menos insistente, más nostálgico. Debíó de resultar tan abrumador que el 30 de agosto protesta un articulista, que escribe: «Menos historia».

Durante 1933, con el asunto de Casas Viejas y la campaña contra Azaña, se defiende la estabilidad republicana. Se teme que el malestar obrero provoque una reacción conservadora que acabe con el régimen. Otra vez se saca la historia del fracaso de la Primera República. Cuando la tensión aumenta, el periódico insiste. El 12 de septiembre, la viñeta de la primera página presenta a un maestro con sus niños, a los que dice, asombrado: «¿Pero es posible que ninguno de Vds. sepa la lección del 70?». El 1 de octubre, un editorial titulado «Por la República» advierte sobre el peligro en que se encuentra ésta por la obcecación de Azaña y saca a colación el año 1870. De nuevo, el 10 del mismo mes, a propósito de la necesidad de una alianza que salve la República, se escribe con alarma este titular: «¡Acordaos del 73!».

En 1934, la CEDA presiona al Gobierno radical y la izquierda amenaza con la revolución. La Historia de la Primera República es el gran argumento para frenar la violencia revolucionaria. Así, el 11 de enero, Pi y Suñer, ilustre apellido, defiende una revolución pacífica. El mismo autor, unos días más tarde, amplía su argumentación con un título expresivo: «Hoy como ayer. Enseñanzas». Según él, las causas del fracaso de la Primera República fueron a la par el encono entre los sectores obreros radicalizados y la obcecación de las fuerzas reaccionarias. En octubre, *La Libertad* reaparece tras el cierre ordenado por la ley marcial. A toda plana defiende «La República» y pide «Serenidad», para que no haya «ni vencedores ni vencidos». En el editorial compara la Segunda República con la Primera y dice: «la Primera República que luchaba en la península con la guerra carlista [...] encontró su tropiezo más grave en el cantón de Cartagena». Continúa el editorial: «Fue menester una

campana para reducir aquel intento que asestó al régimen la más honda puñalada». La condena es explícita. También, el uso de la Historia como argumento contundente y Cartagena como emblema.

En el año 1935, *La Libertad* promueve la unión de la izquierda encabezada por Azaña y arremete contra el Gobierno de Lerroux. La Historia sigue proporcionando argumentos. El 10 de enero, Darío Pérez alecciona: «Un poco de Historia»; solicita «inteligencia entre republicanos»; lamenta que sólo «después del fracaso del 75 los republicanos se unieron». Insiste cinco días después y recuerda el fracaso del 73. El 13 de abril, sobre el peligro de la división de los grupos de la izquierda, «Habla Pi y Margall: La enseñanza del 73»; una larga cita advierte sobre la similitud de la situación y se pide una reflexión. El texto del viejo prócer republicano está cargado de sombrío dramatismo: «en circunstancias parecidas a las de hoy, en que todas las fuerzas enemigas de la libertad y del progreso acechan desde sus guaridas cavernarias [...]», «los gobiernos revolucionarios que vuelven sus armas contra sus mismos adeptos, si son vencidos abren paso a la anarquía; si vencen, lo abren ordinariamente a la reacción», «ya sabéis lo que significa en España el retraimiento (de los monárquicos): la conspiración primero, más tarde la guerra». El articulista termina con esta pregunta: «¿Sacarán los gobernantes españoles de estas confesiones alguna eficaz lección?».

Esta enumeración de citas constata la vigencia del uso aleccionador de la Historia en el periódico *La Libertad*, uso al que apela Sender cuando advierte de la conveniencia de ser clementes («Ataraxia», *La Libertad*, 27 de octubre de 1934): «en la serenidad de veinte siglos atrás podéis seguir encontrando lecciones». Queda claro, asimismo, el significado del episodio del cantón de Cartagena, del fracaso por las impacencias, visión similar a la que Sender exponía en «El vicio federalista» (*Solidaridad Obrera*, 29 de marzo de 1932) al decir que «la revolución debe curarse del abuso federalista».

No se puede interpretar, por tanto, la novela de Sender sobre el cantón como una mera recreación del pasado. Era un tema que servía de piedra de toque para la reflexión sobre el presente, cuando se avecinaba el peligro. Era una última lección, siempre la misma y siempre con la misma conclusión. ¿Cómo va a ser casual que Sender escoja este escenario para su historia precisamente en noviembre del 35, cuando había insistido en la necesidad que sentía de escribir «medularmente» sobre el presente que le rodeaba? Lo había dicho con frases inequívocas, el 13 de diciembre del 35, desde *La Libertad*: «en un tiempo agitado de problemas, una evasiva es una actitud inmoral».

Algunos personajes de la novela

En los periódicos hemos encontrado similitudes entre los personajes literarios que inventa Sender y la imagen de políticos muy destacados. Estas analogías se

oscurecen fuera del marco inmediato de sobreentendidos y referencias en el que se produjeron; sin embargo, al reconstruirlo, encajan con los acontecimientos de la Segunda República y los sucesos descritos en la novela se perfilan como metáfora aleccionadora.

El héroe malogrado, Froilán. Que podía haber conexiones entre el Fermín Galán histórico y el Froilán Carvajal novelesco lo sugiere Jover. En la prensa de los años treinta, efectivamente, se perciben muchas similitudes entre el joven oficial ejecutado tras la sublevación republicana de 1930 y el héroe de la ficción histórica de 1873 revivido por Sender. De Fermín Galán se habla mucho en la prensa «senderiana»; se le exalta como un mártir que, en cierto modo, fue traicionado y con quien la República hubiera tenido otro carácter. El propio Sender hace muchas referencias a Galán, siempre con gran emoción. Hay que resaltar, además, que en el año 1934-1935 se publicaron varias obras de Galán, entre las que se destacó *Cartas políticas. Desde la prisión de Montjuich*. Están agrupadas en varias épocas y se dirigen a sus amigos y familiares. Recuerda en ellas la tragedia de su vida por su afán revolucionario y la consideración que sus superiores le dieron de hombre peligroso, a pesar de su idealismo. Termina refiriéndose a las penalidades de la prisión. Hay aspectos en estas cartas, como el tono dramático y la justificación política de su vida, que recuerdan a las que Sender en la novela atribuye al héroe muerto y que lee *míster Witt* en el capítulo VIII. La analogía se hace más significativa cuando se constata que de Froilán Carvajal, el personaje del XIX, no se conocen escritos publicados.

En los periódicos, las alusiones y similitudes son aún mayores. La veneración que por Galán siente Sender es evidente. Lo consideró el hombre idóneo para presidir una República ideal y lamentó muchas veces su muerte. La idealización es la misma que hace en la novela con Froilán Carvajal, héroe muerto por sus ideales utópicos. De la opinión de Sender sobre el militar de Jaca hay referencias muy tempranas que confirman su admiración. En *Solidaridad Obrera*, el 15 de abril de 1931, al día siguiente de la proclamación del nuevo régimen republicano, escribía: «la dirección de la República debió ser de Galán». El 22 del mismo mes, insiste: «la República la hizo Galán», mientras se lamenta: «nadie se ha acordado de Galán». En la revista *Nueva España*, en febrero, un artículo sin firma¹⁴ está dedicado al «héroe idealista cuya entrega ardorosa» le ha llevado a la muerte ante el pelotón de ejecución. De él se dice: «en lo que todos coinciden es en maravillarse de la manera tan masculina que supo morir». Hasta aquí, la similitud que encontramos en los dos personajes es genérica. Ambos cumplen el mismo papel en dramas muy semejantes; son generosos, luchan por sus ideas, mueren, son traicionados.

¹⁴ Patrick COLLARD, *op. cit.*, cree que algunos de los artículos sin firma en esta revista podrían ser de Sender. El tono emocionado que se emplea en ellos para hablar de Galán lo avalaría. En la misma revista se van a publicar en estos meses cartas autógrafas de Galán a su amigo Arderius, las cuales se reproducen también fotográficamente.

Ambos han sido víctimas de la traición. La que sufre el personaje de la novela es un elemento clave de la trama y causa principal del tormento de *mister Witt*. Sobre la que sufriera Galán, la encontramos en artículos periodísticos. El 13 de febrero del 31, se dice: «[...] el que fue abandonado por quienes olvidaron sus compromisos». El 6 de mayo del 34, se insiste en esta acusación: «[...] pero cuanto más se realza su heroísmo más se ensombrece la conducta de los que les dejaron abandonados». El 6 de septiembre, se acusa a los republicanos que no quisieron ayudarle y manifiestan ahora su hipocresía: «[...] pero quienes hoy se agitan y vociferan y se dicen depositarios del espíritu de la sublevación de Jaca, cuando ésta se produjo permanecieron quietos y callados. Ausentes estuvieron de los campos de Chilla. Ausentes del trágico epílogo». La misma acusación de abandono se hace en la novela a *mister Witt*, que no actúa para evitar la muerte de Froilán, ya condenado; su inhibición le hace culpable y es la causa de sus escrúpulos, que ocupan el capítulo VIII. Es la causa principal del drama. Cuando Milagritos, fiel a Froilán tras la muerte, conoce la verdadera actuación de su marido toma la decisión de abandonarle (cap. XVIII). Y es ese tremendo recuerdo el que lleva a *mister Witt* a hacerse la siguiente acusación: «quizá soy un canalla» (p. 497). Otro parangón es el de los homenajes. Sender, con manifiesta irritación y sarcasmo, escribe en *La Libertad* («Un libro de Galán: Del Cerro del Pimiento al de los Mártires», 7 de enero de 1932) contra los que se dicen amigos del héroe y le dejaron morir, aunque ahora se contenta con dedicar su nombre a un paraje. Dice al respecto: «si yo hubiera sido amigo de Galán no lo hubieran fusilado. Puede que no hubiera venido la República, pero la vida de Fermín Galán valía más que la República para el porvenir español». En la novela, la veneración fiel a la memoria de Froilán la guarda Milagritos y ella comenta en dos ocasiones que el homenaje a Froilán (pp. 230 y 287) consiste en cambiar un nombre por otro. Dice Milagritos a su marido: «¿No sabes? Al fuerte Ferriol le han puesto otro nombre. Le llaman el fuerte Carvajal».

Cuando se analiza la admiración que se les tiene por cómo mueren, la similitud aumenta. En el artículo citado más arriba, Sender se refiere a la manera «tan masculina» que tuvo Galán al morir. En la novela se exalta el comportamiento del héroe —siempre a través de los atormentados recuerdos de *mister Witt*— y se dice que Carvajal había muerto «de pie, sereno y retador. Ninguna de las balas le había herido» (p. 323). El heroísmo con que había muerto Galán lo recuerda muchas veces la prensa. Los detalles que se resaltan coinciden con los que destaca la novela sobre el personaje de ficción. En primer lugar, el que muriese con los ojos abiertos, rechazando la venda ritual (*La Libertad*, 17 de marzo de 1931), recuerda con patetismo a Galán y Hernández: «caían los dos ante el piquete de fusilamiento con las caras destapadas». Sender subraya en la novela la valentía de Froilán al morir: «se arrancó la venda» (p. 323). Y hace que *mister Witt* recuerde atormentado al héroe que tarda en morir: «Carvajal seguía en pie; con la venda en la mano [...]» (p. 323). Galán y Froilán coinciden también en rechazar la confesión, hecho que tenía un significado de militancia progresista anticlerical. Que Galán se mostró coherente en este punto lo

resaltaron mucho los periódicos. *La Libertad* (13 de abril de 1931) pormenorizaba y señalaba la diferencia con su compañero: «las últimas recomendaciones del alma García Hernández, fervoroso creyente, las acepta; Galán rechaza». Y destaca el mérito de Galán por ello: «Es una línea recta en su idea, en su escepticismo, en su fe». En la novela, el tema de la confesión del condenado se trata despacio. La negativa del reo es motivo de tribulación para el sacerdote, que trata de que intervenga el inglés (cap. VIII). Sin embargo, el héroe de la ficción, como lo hizo el de la realidad, no acepta presiones y mantiene sus principios con fuerza, lo que le proporciona serenidad: «La expresión de dolor sombrío del cura [...] contrastaban con el rostro de Froilán, que revelaba una serenidad interior perfecta» (p. 321).

Una última analogía: la simbolización de ciertos recuerdos y reliquias personales. De Galán, dicen los periódicos: «[...] las voces de mando, mientras los reos esquivan la noche de las vendas para expansionar sus miradas» (*La Libertad*, 2 de abril de 1931). Sender en varios artículos, a fines del 35,¹⁵ critica a los republicanos que creen suficiente dedicar al héroe de Jaca un monumento o recordarle con un paño en el Congreso: «de Galán se llevó el nombre para un paño en el Congreso [...] y han querido llevarse la personalidad». Se insiste en la presencia muda del héroe a través de reliquias: «En esta casa [...] aún tenemos la imagen del mártir demasiado viva para resignarnos» (*La Libertad*, 12 de diciembre de 1931). El mismo periódico (9 de mayo de 1935) hace con este recuerdo metáforas más o menos afortunadas: «[...] ya que su sangre inocente ha de germinar en una hermosa floración de la República». Este culto a los recuerdos personales, sincero en unos y molesto para otros, se traspone en la novela: Milagritos guarda con fervor los objetos, pero a *mister Witt* le incomodan y despiertan sus escrúpulos. La rotura voluntaria de esos objetos produce la situación más grave en el matrimonio.

No cabe duda, pues, de que Sender revive en su novela, con Froilán Carvajal, al joven oficial sublevado en Jaca. El apasionado defensor de una república popular es recordado una y otra vez: por unos, como Milagritos, de manera fiel e imborrable; por otros, como *mister Witt*, con una insuperable obsesión relacionada con los celos y la culpa. A pesar de esta tragedia y tras el fracaso de la revolución, ella salva a su marido y le reclama la fecundidad que en los años anteriores no han conseguido.

Un último detalle. En la novela, al referirse a Carvajal, Sender comete un reiterado anacronismo al recordar que han pasado cinco años desde su muerte (pp. 170 y 287).¹⁶ Pero puede pensarse, más bien, que se trata de un error intencionado, qui-

¹⁵ La utilización del tema de Galán coincide con la campaña en favor del Frente Único, a finales del 35. Sender escribe un artículo en *La Libertad* el 31 de diciembre de ese año, «Hoy. Fermín Galán», en el que se vuelve a preguntar por el homenaje a Galán, haciendo esta grave interrogación retórica: «¿Se ha tenido miedo?».

¹⁶ Véase la edición crítica de José María JOVER, cit., que destaca este punto.

zá una pista al lector, pues cuando Sender escribe su novela se cumplen precisamente cinco años del fusilamiento de Galán, ocurrido en diciembre de 1930.

«*Mister*» Witt, *el inglés*. Otros personajes de la novela muestran, a la luz de los periódicos del momento, rasgos y caracteres de políticos destacados, lo que confirma la intencionalidad política de la obra, borrada por el paso del tiempo y, sobre todo, por la guerra civil.

En este sentido, la figura más interesante es la de *mister* Witt, que da título a la novela y que hay que considerar el personaje principal. La narración empieza con él, con su caracterización, su mundo, sus debates interiores y sus sensaciones de decrepitud, en medio de un proceso revolucionario que se desencadena en el exterior pero que le afecta profundamente, atrayéndole y repeliéndole al mismo tiempo. *Mister* Witt se comunica afablemente con algunos líderes revolucionarios, que le estiman y respetan. Por ejemplo, se dice que «Antonete, el bárbaro, necesita de Jorge Witt, el sabio» (p. 282). Con otros, como con Colau, se muestra reticente (cap. X). Su autoridad es reconocida. Con él hablan el cónsul británico y el redactor del *Times* y su opinión se considera de mucho interés. Gran parte de la acción revolucionaria, especialmente la que se desarrolla en el mar, se ve desde su balcón, incluso a través de sus prismáticos. Se asiste a sus continuas y a veces atormentadas reflexiones, a sus extraños ataques de violencia, a su largo recordar la muerte del héroe amado por Milagritos, a su sentimiento de culpa por su indecisión y su cobardía para evitar la ejecución de aquél. A este asunto está dedicada la mayor parte del capítulo VIII, cuya extensión rompe el ritmo de la novela. Parte fundamental es la compleja relación del inglés con su mujer, que se implica en el proceso revolucionario. En ningún momento de la trama se duda de la pasión que siente *mister* Witt por Milagritos. Sin embargo, dominado por la racionalidad, le perturba que a ella, espontánea e ingenua, la acción revolucionaria le despierte simpatía. Al producirse el estallido cantonal, él se limita a observar. Pronto pronostica males y se horroriza cuando los constata; al final, actúa en contra y, cuando el movimiento fracasa, se tranquiliza. A lo largo del proceso, sus celos son constantes. Son celos confusos, no materializables; se describen como «intensas sensaciones de adulterio» (comienzo del cap. X y cap. XVI). El imaginario rival es siempre algún revolucionario: unas veces, el héroe muerto; otras, Colau. Sus elucubraciones se producen en el lugar donde ella guarda los recuerdos que tanto venera, como la urna, la venda y las cartas. En varias ocasiones, la irritación le lleva a la violencia, a la destrucción de los símbolos (final del cap. X y cap. XVIII) o a influir en que se produzca el incendio final del navío. La novela termina cuando él abandona la ciudad acompañado de su mujer, que, pese a todo, es quien le salva y quien le pide que acabe con su esterilidad. Se sugiere así que el conflicto dramático ha quedado resuelto.

Las opiniones sobre este personaje han sido contradictorias. Algunos críticos lo interpretan como personaje negativo y otros lo creen prudente y sagaz. El novelista lo dibuja con valores contrapuestos y resulta, desde luego, un hombre comple-

jo. Está caracterizado como un ingeniero inglés de cincuenta y tres años, instalado en Cartagena y casado desde hace tiempo con Milagritos, por quien sintió un súbito entusiasmo, que fue su única y verdadera aventura (p. 156). Amante del silencio, de la penumbra, de la soledad y de los libros, que encuaderna amorosamente, admira a Cervantes, estudia las categorías de Aristóteles, se interesa por Emerson y Carlyle y repasa textos sobre la sociedad francesa del siglo XVIII (cap. I). Busca durante sus atormentadas reflexiones la serenidad en la contemplación del mar y las gaviotas (p. 354). Al estallar la revolución en la ciudad, su preocupación es su decrepitud (cap. IV, p. 214) y los celos, que le llevan a elucubraciones obsesivas y a cometer actos lamentables. Sin embargo, al final de la novela, *mister Witt* se convierte, junto a su mujer, en el soporte de una esperanza.

Creemos que hay en este complejo personaje muchos elementos que encajan mal en un planteamiento meramente realista. El hecho de ser un inglés podía interpretarse como un recurso literario para distanciar los acontecimientos y facilitar el contraste entre dos actitudes, la racionalista y la espontánea. Pero *mister Witt* no se distancia, sino que la situación revolucionaria le afecta, le crea problemas, recrudece sus celos, acrecienta sus reflexiones y sus escrúpulos; en fin, es su gran obsesión. Cuando su mujer le salva, está a punto del desmoronamiento definitivo. Por otra parte, sus intereses, sus gustos e incluso sus distracciones no parecen tener mucho que ver con las que se deducirían de su condición de ingeniero británico.¹⁷ Es más, su relevancia dentro del proceso revolucionario cartagenero no está justificada narrativamente, aunque se diga que la tiene y que la revolución es su gran preocupación y el motivo de su conflicto matrimonial. El final de la obra consiste en su marcha de la ciudad.¹⁸ Se sugiere la solución ya mencionada al tiempo que la revolución fracasa.

Al buscar correlatos a este personaje y su significación, detectamos en los periódicos «senderianos», en el propio Sender y en los acontecimientos políticos del momento numerosos indicios que le asemejan al Azaña de 1935. El que *mister Witt* sea un inglés venido a España no es obstáculo para la similitud que proponemos. El tema del inglés puede ser, sin más, un recurso, como lo consideró Lázaro Somoza, crítico literario de *La Libertad* y buen conocedor de la obra de Sender, en su comentario de junio de 1936: «Sender [...] aprovecha los rasgos psicológicos y raciales de los ingleses para juzgar los acontecimientos». El crítico del *Times* decía en 1937 que *mister Witt* no parecía muy inglés a los ingleses. Recuérdese que utilizar un protagonista extranjero para observar y enjuiciar conflictos es un viejo procedimiento de la literatura moralizadora. De los posibles tipos de ingleses literarios, pudo influir en Sender el autor de la obra *La Biblia en España*, Jorge Borrow, conocido como *Jorgito, el inglés*. Ade-

¹⁷ La crítica del *Times* de 1937, «From the Spanish point of view», *The Times Literary Supplement*, 17 de abril de 1937, p. 291, observaba que *mister Witt* parecía muy poco inglés a los lectores británicos.

¹⁸ Este aspecto siempre sorprendió a los críticos.

más de que ambos se llamen Jorge, es interesante constatar que al viajero inglés, vendedor de Biblias en la España del siglo XIX, se le consideró en los años veinte y treinta un prototipo del pensamiento moderno y laico. La obra había sido traducida y dada a conocer, precisamente, por Manuel Azaña en el año 1921.¹⁹ El propio Sender resaltó este dato en una alusión al presidente del Gobierno, en los preliminares de su crónica sobre Casas Viejas. Pero no era ésta la única obra que había traducido Manuel Azaña, quien, como se sabe, fue un intelectual oscuro que de forma inesperada pasó al protagonismo político. Entre sus traducciones, merece destacarse aquí la obrita de un francés, Eugène Montfort, titulada *La niña bonita o el amor a los cuarenta años*, de 1922, que cuenta una historia de amor y de celos entre un inglés y una mujer en el puerto de Marsella. La novela, que gozó de celebridad en su tiempo, ofrece algunas curiosas coincidencias con la que tratamos: un inglés maduro, una historia de amor y celos, un puerto mediterráneo y un personaje menor, amigo del inglés, que se llama Guy, nombre que Sender emplea en su novela para denominar a *mister Witt* cuando éste pierde la compostura, lo que ocurre en varias ocasiones. No hemos encontrado ningún dato que permita garantizar que Sender conociese esta obra menor, pero es fácil suponer que un periodista informado, ávido lector, que interpelaba en sus artículos al presidente del Gobierno, habría leído todo lo relacionado con la actividad intelectual de éste. Por lo demás, la relación que se hacía de Azaña con «lo inglés» la cita Cansinos, crítico habitual de *La Libertad*, en 1935; enaltece la figura del político y dice: «Don Manuel Azaña arrumbó todos esos recuerdos históricos y encarnó en sí la República: el fino grabado inglés había vencido a la vieja litografía sangrante y chillona». Azaña representa así el mundo europeo moderno, «el fino grabado inglés», frente a la tradición «sangrante y chillona». Tenemos el uso del tópico de «lo inglés» como lo racional y moderno. En el mismo sentido, hay viñetas de *La Libertad*, en 1932, que representan a Azaña como el legendario soldado inglés Mambrú. Por otra parte, para Sender el inglés en el sur es, en cierta manera, un símbolo: «el inglés que va hacia el sur...» (27 de septiembre de 1934, en *La Libertad*). Y, cuando reflexiona sobre el individualismo literario, dice a propósito de Lawrence: «el individualista (que deja Inglaterra) hará mal en ir hacia el sur. Ir hacia el sur es poner en lucha la medida contra el exceso; la reserva contra la voluntad». Al oponer unas categorías a las otras parece estar dando, tanto al «inglés» como al «sur», un significado trascendente.

Si la condición de inglés de *mister Witt* dificulta, en un principio, su analogía con Azaña, su caracterización de intelectual lo empareja. Hay que recordar que Sender trató a los intelectuales de forma ambivalente. Los denostó, pero el tema le preocupaba, sobre todo el de su papel en la política, su relación con la República y su labor en la revolución. Trató de ello en novelas —*Siete domingos rojos*, *La noche de las cien cabezas* y *Míster Witt en el cantón*— y en ensayos de prensa. En éstos, se refiere a

¹⁹ La obra, que consiguió varias ediciones, tuvo el siguiente subtítulo: *Viajes, aventuras y prisiones de un inglés en sus intentos de difundir las Escrituras en España*.

Manuel Azaña como intelectual. Nos detendremos en algunas palabras que usa para definirlo y que se repiten en el tratamiento del inglés de la novela. En «Postal política», de *Solidaridad Obrera* (19 de abril de 1931), reprocha a los intelectuales que «tienen, como los sabios, la virtud o el vicio de dudar». *Mister Witt*, que no hace otra cosa que dudar, se dice a sí mismo en un momento clave del relato: «son las horas de la duda» (p. 227). En el mismo artículo, considera a los intelectuales imprescindibles para la República, a pesar de sus perpetuos escrúpulos: «son reservas de energía y también de conciencia: escrúpulos». También éstos son el tormento del inglés y le impiden actuar: «trató de hacer comprender a su mujer que estaban obligados a guardar una neutralidad escrupulosa» (p. 350). En *Solidaridad Obrera* (21 de mayo de 1931), Sender critica a los intelectuales por la necesidad que sienten de defender su personalidad: «con el sentido clásico de la inteligencia se acomodan a los viejos postulados sociales y políticos y llevan muy arraigado el sentido de la consagración pública de la personalidad». Varios críticos coinciden en creer que la personalidad es uno de los rasgos del carácter de *mister Witt*.²⁰ El criterio negativo de Sender a este respecto queda claro en un fragmento del artículo: «[los intelectuales] llevan muy arraigado el sentido de la consagración pública de su personalidad, por lo que algunos venderían su alma al diablo».

Otros escritos de Sender sobre Azaña²¹ ofrecen nuevas similitudes, pues perfilan al político con rasgos muy semejantes a los que usa para trazar al inglés de Cartagena. Así, en *Solidaridad Obrera* (26 de marzo de 1931), escribe sobre quien será pronto jefe del Gobierno: «Azaña hace una política silenciosa. De castellano de Alcalá... Medita... le gusta hacer las cosas sin bulla... Azaña es un hombre de letras». Estos tres rasgos —el silencio o la falta de bulla, la meditación y la afición a las letras— como pinceladas que definen la imagen de Azaña se atribuyen también al personaje novelesco. En efecto, la reflexión silenciosa es la actividad que más place a *mister Witt*: «[...] *Mister Witt*, medita» (*passim*). El silencio, imprescindible al intelectual, rodea al inglés de la novela. Sender, al recrearlo, emplea el mismo término, plástico y familiar, de bulla: «Todo este mundo bullente y cálido estaba muy lejos del gabinete de *mister Witt*» (p. 209). Como Azaña, el inglés es un hombre de letras. Así lo avalan su gusto por la filosofía, la historia, la literatura y su amor por los libros, aficiones que se apoderan de su condición de ingeniero, actividad a la que presta escasa atención.

Veamos otros datos que sustentan la analogía. El primero está relacionado con Cervantes y el *Quijote*. En la primera secuencia de la novela, a modo de caracteriza-

²⁰ Hay que recordar que Patrick COLLARD, *op. cit.*, ha estudiado el tema de la «personalidad» en la obra de Sender como factor negativo, de manera particular en *La noche de las cien cabezas*. José María JOVER, ed. cit., cree que este rasgo, el de la personalidad, es muy evidente en el perfil del personaje novelesco que tratamos.

²¹ Jesús RUIZ GALLEGU-LARGO, «Artículos de R. J. Sender en el diario *Solidaridad Obrera*», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* [Universidad Complutense], VI (1985), pp. 281-312, dice, con acierto, que en los artículos que Sender escribió en *Solidaridad Obrera*, diario sindicalista de Barcelona, trata a Azaña sin acritud.

ción, *mister* Witt saca de su estantería una primorosa edición del *Quijote*, ilustrada por Hogarth, y el narrador resalta su amor por los libros, en especial por Cervantes y por el dibujante inglés del siglo XVIII. Que un inglés culto ame los libros no tiene nada de especial; que el novelista, al caracterizarlo en las primeras páginas, dé con todo detalle el título exacto de uno de los libros que más ama su personaje llama un poco la atención; pero que sea la obra de Cervantes, en un inglés del que se destaca su visión británica del mundo, parece algo raro. Este interés por Cervantes en el primer plano de la novela se puede relacionar con una gran afición de Azaña, muy conocida. La prensa del año 34 destacó mucho que Azaña había publicado, precisamente en ese año tan crítico, una obra dedicada al *Quijote* por la que debió de tener especial interés, puesto que sufragó la edición.²² En el prólogo deja clara la significación especial que para él tiene Cervantes, a quien se dedica en los momentos difíciles: «podrá ser que alguien me reproche la elección de un tema tan distante de las preocupaciones actuales de la literatura». La gran afición de Azaña por Cervantes no era nueva ni desconocida ya que el mismo prólogo citado había servido como discurso en 1930, en vísperas de la caída de la monarquía, como si en los momentos críticos —1930, 1934— Cervantes y el *Quijote* fueran su refugio. También parecen serlo para *mister* Witt, que acaricia las queridas páginas del libro de Cervantes en la soledad de su estudio mientras en el exterior se están produciendo los graves sucesos del cantón.

Hay otras alusiones imprecisas que, alejadas de aquellos años de la Segunda República, pierden su sentido, pero que debieron de resultar consabidas para los lectores del momento y que recuperan su vivacidad en los periódicos. Cuando Sender se refiere a Azaña (*La Libertad*, 20 de septiembre de 1932) como «un hombre que escribía libros, iba también por los cafés y que ahora está inventando un liberalismo burgués nuevo», el «liberalismo burgués» que le atribuye es el mismo ideario político que perfila en su personaje de ficción. Además, dice de Azaña que era un «hombre taciturno, áspero, distraído...», los que ponían en él su afecto y su amistad, él lo desbarataba con su taciturnidad y aspereza». Estos rasgos, verdaderos o falsos, se repitieron y acuñaron su imagen pública. Algunos de ellos se repiten en el protagonista de la novela que ocurre en Cartagena.

Al repasar la imagen que de Azaña perfiló el periódico *La Libertad*²³ a lo largo de los años de la República vemos una imagen variada, unas veces llena de valores positivos y otras, de múltiples defectos. Darío Pérez (18 de noviembre de 1932), redactor habitual, publica un artículo titulado «Azaña o el gesto» en el que, jugando a la metáfora, ironiza sobre el tardío éxito del político: «[...] pero en aquel largo invierno del fracaso y la desesperanza». La carrera política de Azaña se hizo pública de forma

²² Manuel AZAÑA, *La invención del «Quijote»... y otros ensayos*, Madrid, Espasa Calpe, 1934.

²³ Por supuesto, toda la prensa de la época trató a este personaje, que suscitó las más contradictorias posiciones. Josefina CARABIAS, *Los que le llamábamos don Manuel*, Barcelona, Plaza & Janés, 1981, resumió con gracia las pasiones que Azaña despertó entre los periodistas. Además de otros muchos, el trabajo de Santos JULIÁ, *Manuel Azaña. Una biografía política*, Madrid, Alianza, 1990, aborda el asunto.

casi súbita, a sus cincuenta años. Sigue el periodista con su cuentecillo: «[...] asomó un día la señorita Primavera. Traía el ímpetu de una risueña y pródiga compensación». El compromiso de Azaña se ve como un enamoramiento apasionado por la joven, con la que florece la esperanza: «Primavera», una de las metáforas de la República, como indica a continuación: «Esta Primavera, este renacer era la política republicana. Azaña pasó la esponja por su pasado y se entregó a ella». En síntesis, el periodista elabora con dulce ironía lo que había sido la relación de Azaña con la política: había llegado a ella tarde, a los cincuenta años; se había sentido atraído por la esperanzadora y juvenil «Primavera» de la política republicana y se había entregado a ella con ardor. El cuentecillo es una versión más del viejo y la niña, con un viejo que es Azaña y una niña que es la República, versión fácil de un hecho muy conocido, la tardía dedicación política de Azaña y su pasión republicana. Pueden verse algunos de estos elementos en la novela de Sender: *mister Witt* es un hombre maduro; aunque ama la aventura, nunca ha hecho nada notorio; pasados los cincuenta, conoce a una joven —Milagritos— y se enamora de manera súbita; termina por casarse y dedicarle toda su atención: «*Mister Witt*, cuya única aventura a lo largo de cincuenta y tres años consistió en dejar su puesto en la Marina inglesa para ir a ocupar el de ingeniero [...]» (p. 156), «[...] *mister Witt*, que no conoció otra aventura que la de su entusiasmo súbito por Milagritos al verla un día en la Puerta de Murcia y desposarla algunos meses más tarde, [...]» (*ibid.*). En otros comentarios Darío Pérez caracteriza a Azaña como «distante y frío, seguro de sí mismo, despectivo». Sender perfila un personaje similar cuando dice: «En su facha exterior había rigidez, sobriedad, una seriedad infinita [...]» (p. 157). Pérez destaca de Azaña lo que fue el gran tópico de su imagen pública, el desdén: «[...] así Azaña no oculta su desdén, su ademán indiferente u olímpico frente al amigo y al adversario». Este rasgo, tan significativo, está también en el perfil de la personalidad de *mister Witt*, del que él mismo es consciente: «“Estoy en la pendiente y ya no me detendré”, se decía. El desdén de sí mismo le llevaba a aquellas agresiones» (p. 493); «le rebosaba el desdén». En su artículo sobre Azaña, Darío Pérez observa la controversia que despierta su figura: «para unos es atractivo, para otros rechazable..., unos le califican de estricto demócrata, otros de autoritario». Opiniones también contrapuestas suscita el personaje de la novela. Antonete le admira y con Colau no consigue entenderse. La polémica afectará a los lectores: algunos lo consideran un hombre admirable, para otros resulta negativo, como hemos visto en las críticas.

En la prensa, el 10 de septiembre de 1935,²⁴ Cansinos Assens²⁵ perfila así a Azaña: «un hombre acostumbrado a las doctas penumbras del Ateneo». Sender

²⁴ *La Libertad* recoge en grandes titulares los discursos en favor de la unidad republicana con Azaña. Defiende la inocencia de éste en la polémica, que fue tan importante, sobre la actuación del político en los acontecimientos del año 34.

²⁵ Crítico literario de *La Libertad*. Se ocupaba de los temas más relevantes. Sobre Sender había escrito en varias ocasiones, siempre de forma muy elogiosa. En el texto que tratamos ahora, comenta el libro de Manuel AZAÑA recién publicado, *Mi rebelión en Barcelona*, Madrid-Barcelona-Bilbao, Espasa Calpe, 1935, en que el político explica su versión del polémico asunto.

dibuja el ambiente de penumbra que rodea al inglés de la novela, frente al mundo luminoso de Milagritos: «*Mister Witt* quiso convencerla de que no estaba a oscuras. Sería que ella venía deslumbrada de la calle» (p. 228); «Al oscurecer, *mister Witt* seguía junto a los cristales del balcón. Milagritos vio que el despacho estaba en sombras» (p. 528). Cansinos continúa el perfil del político de este modo: «[...] con su figura nada decorativa, de una gravedad luterana». Sender alude a *mister Witt* como poco agraciado de aspecto y se refiere al talante religioso para definirlo: «en su conducta, se creía un puritano. En su facha exterior había rigidez, sobriedad» (p. 157). El crítico sigue la línea del periódico y enaltece a Azaña comparándolo con lo inglés, como hemos visto ya: «el fino grabado inglés había vencido a la vieja litografía». Está comentando el libro del político sobre su actuación en 1934 y valora la intervención de Azaña durante la revolución: «no habría cometido nunca la torpeza de unirse a un movimiento exaltado y torpe [...] Por el alborotado panorama de octubre Azaña pasa tranquilo y ecuánime», lo que le empareja con el inglés en la revolución cartagenera, como veremos a continuación.

Hemos de tratar, precisamente, este asunto, el de cómo vio la prensa que tratamos la actuación de Manuel Azaña durante la revolución de 1934. El asunto fue importantísimo. La prensa del año 35 se ocupaba de todos los interrogantes planteados por la conducta de Azaña en aquellos días en Barcelona. Gabriel Jackson²⁶ explica que el político se encontraba en Barcelona cuando estalló, sin haber participado en su gestación. Comenta que pensó en regresar a Madrid, pero varios amigos le rogaron que desistiera, y hace hincapié en los difíciles momentos vividos por el político republicano y su vidriosa relación con los sublevados: «la huelga general se extendía... así que se vio obligado a quedarse donde estaba...; mientras se debatía o no si se declaraba el Estat Català, un miembro del Gobierno de Companys fue a verle al hotel Colón. En un estado mental de evidente agitación, dijo al ex presidente del Consejo que la Generalitat no podría contener a las masas... Azaña le recordó que él había votado contra una República federal y que, fueran los que fueran los motivos actuales... cualquier declaración contra el gobierno aparecería como separatista» (pp. 157-158). Tras repasar su verdadera actuación y su negativa a colaborar, dados sus principios, así como la relación que con él tuvieron los dirigentes de la Generalitat, concluye Jackson: «Azaña estaba además seguro de que el movimiento fracasaría».

Lo que es evidente para el historiador americano no lo fue, sin embargo, en aquel momento. Azaña fue detenido por el Gobierno y el Congreso de los Diputados concedió el suplicatorio para su proceso. La opinión pública se dividió: unos le atacaban por haber estado a favor de la revolución y otros, en cambio, por no haberlo hecho. Su comportamiento y sus actos fueron objeto de variadas interpretaciones

²⁶ *La República española y la guerra civil*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

y las discusiones ocuparon muchas páginas en la prensa, también en la «senderiana», desde 1934 hasta las elecciones de 1936. La cuestión no era baladí, dado el momento político y el objetivo de que Azaña fuera eje de una unión entre las diversas fuerzas de la izquierda. Para aclarar su propia actuación, tan discutida, el propio Azaña escribió en 1935 un libro titulado *Mi rebelión en Barcelona*, editado en Barcelona y Madrid. La obra, de gran difusión, es un largo soliloquio con reflexiones filosóficas y morales sobre la sociedad, la vida, la política y sobre sí mismo. Se alterna la narración de los hechos con la reflexión sobre los mismos en un constante «¿por qué?», «¿para qué?», «¿cómo?». Manifiesta su simpatía por el catalanismo, pero es tajante en su oposición al movimiento de octubre. Insiste en su actuación personal, en que estaba sólo de tránsito en Barcelona y se limitó a ser un observador, aunque tuvo conversaciones para tratar de disuadir a los participantes. El capítulo VI de esta obra se publicó íntegro en *La Libertad* el 6 de septiembre de 1935. Hay pasajes que permiten hacer analogías muy concretas con la novela que estudiamos, además de la que hay en el resto del libro. Por ejemplo, Azaña se queja de su continua y forzosa «reclusión» en el hotel durante la huelga y de la «fastidiosa ociosidad» que ello le suponía. A *mister Witt*, a partir de un determinado momento del proceso cantonal, le ocurre algo parecido, se encuentra «desmoralizado [...] con el hábito de lo irregular» (p. 351), o tan cansado de su situación, metido en casa, que a su mujer le parece «un "alma en pena"» (p. 429). Azaña explica en su libro que, a partir de un determinado momento, «acentué las tintas negras»; pasaba su tiempo reflexionando y haciendo pronósticos sobre el desarrollo de la situación. A *mister Witt* también le ocurre que a partir de un punto su pesimismo, sus pronósticos negros y, desde luego, el discurrir del proceso revolucionario son su única ocupación. La similitud de los pronósticos que hacen ambos es manifiesta. Azaña lo explica así: «Mis reflexiones personales me inducían por momentos contra todos mis hábitos a creer en la fatalidad». En la novela, *mister Witt* lo expresa en varias ocasiones: «Acabarán como ése» (p. 251); «[...] no sabéis todavía lo que os aguarda. [...] Esperan días negros, días terribles» (p. 399). Tanto uno como otro hacen pronósticos pesimistas, que les mueven a desistir de cualquier colaboración. Ambos conocen bien la fuerza del Estado y saben que la lucha desigual contra él termina en desastre. Azaña lo explica con claridad —«no creo en la posibilidad remota de triunfo»— y apela a su experiencia y a su conocimiento de los resortes de gobierno: «[...] para saber que en cuanto se produjese aquí el hecho más insignificante que pudiera parecer violento, todos los resortes del Estado funcionarían de manera automática, les hundirían sin compasión de ningún género y no durarían dos horas». Parecidos argumentos esgrime *mister Witt*. No se trata de que él rechace la acción revolucionaria. Ante el cónsul, por ejemplo, defiende su mérito y parte de sus fines. Pero no se deja llevar por la euforia del éxito fácil. Al contrario, cuenta con la fuerza con que se ejercerá la represión y se pregunta cuál va a ser la actitud de las instituciones del poder del Estado: «Pero ¿y la Armada? ¿Y el Ejército?» (p. 217). No cree que la fuerza popular pueda vencer: «No se hagan ilusiones [...] Puedo equivocarme, y me ale-

graría mucho de que los hechos me *desmintieran*» (*ibid.*). Además de criterios afines, a los personajes que estamos comparando les unen situaciones similares. Azaña cuenta con detalle cómo intentó salir de la ciudad y los múltiples avatares que pasó para conseguirlo: tardó en encontrar un coche, debió buscar un salvoconducto, pero nadie estaba en ese momento en condiciones de prestarle protección.²⁷ En la novela, en el último capítulo, se cuentan los pormenores de la salida de *mister Witt* de Cartagena y se repiten los problemas: la falta de vehículo, la dificultad para encontrar protección, el salvoconducto. Pero, en el caso del inglés, todo lo resuelve Milagritos.

No cabe pensar que Sender desconociese los juicios de Azaña sobre los acontecimientos referidos. Muy al contrario, las noticias veraces o imaginadas, los bulos y las maledicencias debieron de ser objeto de todos los debates, conversaciones y tertulias. Tertulias en las que se hacía la vida política de Madrid y a las que Sender había comentado (20 de septiembre de 1932) que asistía. En este escenario, por tanto, las analogías entre *mister Witt* y Azaña no pueden ser casuales. Más difícil es acertar sobre la intención que tuvo Sender al revivirlo en su novela. Leyendo detenidamente el diario *La Libertad* de 1935, está claro que se considera a Azaña el único hombre capaz de aglutinar en torno a él un Frente Único que dé continuidad a la República. ¿No será la misma razón la que lleve a los dos personajes novelescos a arreglar sus diferencias al fin de la obra?

El propio novelista explica su consideración sobre Manuel Azaña en dos artículos cercanos a la redacción de su obra. En *La Libertad*, el 15 de marzo de 1936, ya obtenido el Premio y cuando se ha conseguido el éxito electoral del Frente Popular, escribe: «Azaña aprendió en el primer bienio algo muy importante [...] a distinguir en el caos de la charlatanería, que confunde a tantas cabezas». La defensa de Azaña es clara, así como el ataque que hace a los «charlatanes» que provocan «el caos», ideas que había expresado en otras ocasiones. Resalta también el valor de lo popular: «debemos confiar hoy todos en que esa voz (la del pueblo) sea la que siga hablando». Considera que, ahora, su mejor intérprete será el propio jefe del Gobierno, «la auténtica voz popular». Unos meses antes, en agosto de 1935, en la revista *Tensor*, Sender escribió sobre España y se refería al momento político con este comentario: «la auténtica burguesía española, que no ha hecho su revolución, suspira al lado de Azaña. Sólo puede salvarla la presión de las masas populares». Como siempre, Sender pone su esperanza en la alianza entre burguesía progresista y clases populares, con la aclaración de que el pueblo salvará a la burguesía junto a su político tan discutido, Azaña. Tenemos así expuesto en un ensayo lo que en la

²⁷ El final fue la detención, que Azaña no trata en su obra. Algunos periódicos relataron que había sido encontrado oculto en casa de un correligionario, escondido en un balcón, lo que dio lugar a fomentar el tema de la cobardía de Azaña. Cierta prensa se ensañó en este asunto con acritud injuriosa, como Enrique Angulo, que hizo una crónica muy pormenorizada.

novela se expresa mediante la parábola, es decir, que la bondadosa Milagritos, encarnación de lo popular, salva a su ambivalente marido. Salen de una revolución que ha fracasado y se comprometen a buscar una fecundidad esperanzadora.

Debe añadirse una última y curiosa analogía, la que hay entre un anuncio y el nombre del protagonista de la obra. En efecto, en la última página del diario *La Libertad* se inserta el anuncio de un medicamento, «Pastillas de Witt, para curar el dolor de riñones». Suele aparecer dos veces por mes entre los años 1931 y 1936. Se puede pensar que el dato no tiene nada que ver con el personaje que tratamos y pasarlo por alto. Pero quizá haya otra explicación. Cabría suponer que Sender tomase ese nombre para dar a su relato unas gotas de humor como las que empleaba a veces en sus artículos. Sirvan a este propósito las palabras del autor, que interpretaba su novela, en el prólogo a la segunda edición de 1968, como una sátira dura que no consiguió respuesta: «Sólo los países de madurez cultural y estabilidad política pueden tolerar la sátira, y la mía, a pesar de su dureza, fue asimilada sin chistar». Sender comparaba el silencio que consiguió en España con el éxito que obtuvo en Inglaterra, «a pesar de lo mal que trato a *mister Witt*».

Es probable que la intención de Sender hubiera sido moralizar sin privarse de cierto tono irónico, como solía. Pero los acontecimientos posteriores fueron tan trágicos que alteraron los significados. En el mismo prólogo hay otras alusiones amargas a los malos entendidos, cuando trata de explicar su novela del cantón. Comenta el error ortográfico de su primera edición inglesa (*shave*, por *save*): «[...] porque a quienes afeitó en seco el hado fue a nosotros, pobres republicanos, poco después». Se refiere al valor supremo de la farsa como medio de distinción de los pueblos cultos y cita a don Quijote, al burgués gentilhombre o a Pickwick como grandes ejemplos, sobre todo a don Quijote, como el primero de todos y el mejor. Esta intención irónica hace recordar un pasaje de las primeras páginas de su novela, que pueden darnos una última clave: «*Mister Witt* sacó de otro estante un tomo, encuadernado también. La edición inglesa de *Don Quijote*, ilustrada por Hogarth. Amaba mucho a ese dibujante que, cayendo en la caricatura, como todos los que habían ilustrado el libro de Cervantes, ponía en lo grotesco, sin embargo, cierta ternura» (p. 164).

Milagritos, la mujer. Milagritos es, con *mister Witt*, la coprotagonista de la novela de Cartagena. Es un personaje atractivo, contrapunto y complemento de *mister Witt*. Sin quererlo e incluso sin saberlo, constituye el núcleo de un conflicto que se desencadena en su marido. Descrita siempre de manera favorable, su caracterización es más genérica que individual. Excepto su edad —se dice en varias ocasiones que tiene treinta y cinco años; la plena juventud, para el narrador— y el color de sus ojos, que son claros, la caracterización se hace sobre todo conceptualmente: espontaneidad, generosidad, honestidad, belleza, entrega, amor al pueblo, etc. La novela trata mucho de ella, pero hasta el capítulo XIV no se la presenta sola, en primer plano. De sus sentimientos, de sus ansias, sabemos más por medio de las reflexiones de *mister Witt*, que la ama pero no la entiende, que por la propia Mila-

gritos. Su amor a la revolución es espontáneo e ingenuo, ajeno a su clase y a su condición social, lo que sorprende y provoca alguna dulce ironía de su marido: «¡Una revolucionaria con sus rentas bien seguras!» (p. 226). Se sabe que tiene su dinero en Londres y que es poseedora de bienes en Lorca, por lo que *mister Witt* se pregunta sobre el origen de sus ideas: «"Instinto de clase no puede ser"» (*ibid.*). Pero se da por cierto que la suya es «una tendencia instintiva» (*ibid.*) y *mister Witt* la considera una «brava "revolucionaria", que seguía, sin embargo, siendo una muñeca» (p. 359). A veces, al pensar en ella, con mucho cariño pero con poco respeto, tiende a pensar que ella en su ingenuidad «"Tiene alma de cántaro"» (pp. 366-367).

El comportamiento de Milagritos, desde que estalla el movimiento cantonal, es diáfano. Está a favor de la revolución. Su entusiasmo es evidente. Admira a sus héroes. Venera el recuerdo de Froilán y se sentirá atraída por Colau. Colabora con dinero y material sanitario extraído de su ajuar y ejerce como enfermera. Por lo demás, con su marido es siempre franca y afectuosa. Cuando la oímos reflexionar, en el capítulo XIV, sabemos hasta qué punto y de qué manera quiere a su esposo y le comprende. Se sabe también desde los primeros capítulos y se repite en varias ocasiones «que no habían tenido hijos» y que probablemente la culpa era de ella, lo que Milagritos sabía muy bien: «No tenemos hijos porque no quiero yo. Mi marido le hace un hijo a cualquiera...» (p. 224). Ella es quien reitera su decisión con firmeza, hablando a su marido: «No *hasen* falta. Tú *pa* mí y yo *pa* ti, y se acabó» (p. 221). El lector conoce, empero, la constante inseguridad que Milagritos produce en *mister Witt*, quien se pregunta una y otra vez acerca del amor que ella le pueda tener: «"¿Qué es lo que Milagritos ama en mí? [...]» (p. 222). Él se cuestiona por qué ella no se casó con Froilán, de quien siempre había estado enamorada: «¿Por qué no se casaron?» (p. 303). Concluye en sus meditaciones que Milagritos se había casado con él «un poco a la desesperada» (p. 303). El tema del hijo es recurrente y es ella siempre quien decide: unas veces, para no desearlo y hablar con descaro a las amigas o con suficiencia a su marido; otras, para proponerlo de forma decidida —«Cuando pase "esta revolución" de los federales vamos a Madrid a que me vea un médico. Y después me calas hondo, ¿eh? Quiero un hijo tuyo» (p. 280)—. Esta confidencia tranquiliza el atormentado insomnio del inglés, que confía en que con ello se resolverán todos los problemas: «Milagritos había llegado de golpe con su instinto avizor a una síntesis espléndida. Un hijo. Era exactamente lo que podía resolver tantas crisis y tantas y tan hondas melancolías» (p. 280). La fecundidad cierra la novela. Al abandonar la ciudad, tras salvar a su marido, el narrador cuenta que ella ha tomado ya la decisión: «Milagritos iba a Madrid dispuesta a curarse su esterilidad» (p. 539). Y le repite a su marido aquellas mismas palabras: «A la vuelta me calas hondo, ¿eh?» (*ibid.*). Tras esta decisión, que augura esperanza, ella es también quien se niega a huir a Londres e insiste en que volverán a Cartagena. Es entonces cuando *mister Witt* consigue, en esta última frase de la novela, la tranquilidad que no ha tenido en ningún momento a lo largo de toda ella. Dice el narrador: «*Mister Witt* fue abandonándose a la confianza con su mujer, que lo trataba como una madre» (p. 540). Admirado, obser-

va que Milagritos llora y vuelve a pensar por quién será: «[...] observó que lloraba. Era hermosa su garganta, [...] ¿Por quién lloraba? ¿Por Carvajal? ¿Por Colau? ¿Por el Cantón? ¿Por sí misma?» (*ibid.*). Deja, por fin, sus elucubraciones y decide que, pese a sus muchos defectos, se entregará a Milagritos de forma definitiva e incondicional: «“De todos modos —se dijo *mister Witt*, con su seco y vergonzante egoísmo— estoy entrando en la vejez y [*Milagritos*] es lo único que me liga a la vida”» (*ibid.*).

Puede haber varios simbolismos en *Milagritos*. El más explícito quizá sea el de la fecundidad/esterilidad.²⁸ Varios críticos han visto en ella la representación de lo popular, que se confirma en pasajes de la novela, como el que explica los celos de *mister Witt* porque «*Milagritos* no era suya por completo. Ni de otros. Era “de la calle”» (p. 221). Su entronque con lo popular, que la lleva a practicar viejas costumbres como la del rapto, hace que su marido considere, con cariño, que «se casaba con una salvaje» (p. 169). Otros aspectos del personaje son la alegría, la generosidad o la luz que ella siempre representa, contrapuntos simbólicos de la tristeza, la penumbra o el retraimiento que simboliza su marido; o la seguridad y la decisión, frente a la perpetua duda. Pero nos interesa subrayar, en particular, el hecho de que en el personaje femenino de *Sender* hay comportamientos y decisiones que son difíciles de interpretar en una lectura estrictamente realista, como han observado varios críticos. Así, cuando *mister Witt* rompe la urna, tan venerada por ella, *Milagritos* no hace otra cosa que curar las heridas que los cristales rotos han producido a su marido y discretamente vuelve a guardar la venda y las cartas. La relación amorosa con *Colau* no encaja tampoco en una interpretación realista. El propio narrador aclara cualquier ambigüedad cuando la hace reflexionar y decir: «[...] pensó sexualmente en él [*Colau*], pero como podía pensar “una mujer honrada”: “Me gustaría tener un hijo de *Colau*”» (p. 468); aunque su inclinación sexual y su deseo de tener un hijo del líder revolucionario no afecta, según el narrador, a su honestidad y fidelidad. Todo el episodio final de la novela carece de explicación en una interpretación realista, lo que han advertido varios estudiosos. Se trata del pasaje que comienza con la grave discusión entre la pareja (cap. XVIII), cuando ella pregunta de forma tajante a *mister Witt* si intervino en la muerte de *Carvajal*: «¿Por qué murió *Carvajal*? ¿Por qué no llegó a tiempo el indulto?» (p. 494). Es ella quien reprocha a su marido su falta de lealtad: «Tú no me has dicho nunca la verdad en lo de *Froilán*. ¿Por qué?» (*ibid.*). Cuando él, acosado por las preguntas de su mujer, confiesa su cobardía y su implicación, ella, ofendida y dolida, llora silenciosamente, se va y le abandona. La relación matrimonial está de nuevo afectada por los hechos políticos, relación en la que ella tiene la verdad, la razón y la decisión. Las dudas sobre su inclinación por *Colau* han quedado previamente aclaradas, al menos para el lector, si bien al marido le tor-

²⁸ Temas utilizados en la literatura con simbolismos diversos. Galdós lo había hecho con significación política. Para *Lorca*, que acababa de estrenar *Yerma*, la esterilidad trasciende la persona. La admiración de *Sender* por Galdós se constata en numerosas alusiones y la que tuvo por *Lorca* se puede ver en artículos que comentamos más adelante.

turan. Por eso, la vuelta inesperada de Milagritos para salvar a su esposo e irse, cuando ha visto arder la nave de Colau y sabe que *mister* Witt ha tenido algo que ver en el incendio, adquiere todo su sentido sólo si hacemos una interpretación simbólica. Pensar, por el contrario, que Milagritos vuelve porque se conforma con su papel de mujer tradicional rompe el sentido de la novela; creer en su resignación es incoherente con los postulados ideológicos feministas que tanto había proclamado Sender. Por lo demás, no hay resignación ni supeditación. El final, ya comentado, es explícito. Ella, con su vuelta y su reconciliación, abre la única esperanza: tener un hijo y volver a Cartagena.

Interpretar a Milagritos como símbolo se puede respaldar con las personificaciones que en los años treinta se acostumbra a hacer en los periódicos de la República²⁹ y de otros conceptos similares como la libertad o el pueblo. Se alude, en viñetas, a «La Niña», lo que se remonta, al menos, a 1868. La República es siempre ginecomórfica y reúne un conjunto de virtudes femeninas, como simpatía, gracia, belleza, atractivo, etc. Su aparición en los dibujos está relacionada directamente con el acontecer político. En *La Libertad* se la representa, por ejemplo, como una sevillana que baila y desdeña a un gitano de claros rasgos borbónicos (22 de abril de 1931); se la viste de volantes, cortejada por el comunismo, que es un mendigo que le entrega flores (30 de abril de 1931). En octubre, con «Doña Perfecta», se ironiza sobre el peligro que representa para el progreso el voto conservador de la mujer («Doña Perfecta vota»). Otras veces, se refiere el periódico a «Manola en la tribuna» (12 de noviembre de 1931), cuando alude a la participación popular en los debates parlamentarios. A la propia República se la llama en este tipo de viñetas con nombres diversos, a veces de doble sentido, como «Doña Virtudes» o «Doña Esperanza», según la intención y el momento. Parece como si *La Libertad* hubiera hecho de la República un ente vivo que tiene sentimientos, que se adjetiva, por quien se llora o con quien uno se casa, es decir, una personificación que facilita la identificación popular con el nuevo régimen. Decidirse por un partido u otro, según estos simbolismos, es como elegir pareja. El 21 de junio del 31, en la viñeta, un hombre habla con otro: «—Y usted, ¿a quién piensa votar? —Hombre, yo creo que ha llegado el momento de elegir mujer». Hay personificaciones de la República que resaltan su atractivo. Para explicar, por ejemplo, la trayectoria política de Azaña se dice, siguiendo una imagen erótica, que «se entregó [...] a la señorita Primavera»³⁰ (18 de noviembre). O, el 10 de septiembre, Cansinos adjetiva así: «[Azaña] rigió los destinos de una infantil República». No sólo es habitual tratar a la República familiarmente como mujer, joven, atractiva, necesitada de protección, etc., sino que a veces

²⁹ No es posible tratar aquí el tema de la representación o alusión simbólica de la República o de la revolución en general, pero, como es sabido, es un gran tópico iconográfico que es siempre ginecomórfico.

³⁰ «Primavera» como sinónimo simbólico de República lo hemos visto en el artículo de Darío Pérez comentado en relación con Azaña.

se la convierte en protagonista de un cierto melodrama (14 de agosto de 1934) y se tienen por ella «anhelos», «demandas», «protestas». «vibraciones» y «decaimientos». En otros momentos se defienden algunos principios políticos apelando a los sentimientos y se hace una «historia» de la República con intención dramática. Así, en 1935, cuando se pretende convencer a los lectores de que el Frente Popular es su única salvación, *La Libertad* publica un artículo el 13 de abril que titula: «La República que quiere el pueblo». Utiliza expresiones con intención emotiva, como «aquella República nacida en medio de la calle, del amor del pueblo [...] debe salir del secuestro, [...] recobrar el optimismo». Más adelante sigue con el mismo procedimiento expresivo y con el símil personalizador: «se la dejaron arrebatarse [...] por los que padecieron error y ofuscación». Incluso se recurre a un cierto patetismo cuando describe: «[...] hay lágrimas en algunos ojos».

Vemos que en el lenguaje periodístico del entorno senderiano está tipificado el uso de personificaciones de la República, así como hacer con ella metáforas, cuentos, dramatizaciones, viñetas humorísticas, etc. para facilitar la comprensión sobre los problemas políticos y sociales. En este marco se inscribe la personificación simbólica de la República hecha por Sender, puesto que, además, éste lo considera un procedimiento útil que aplaude cuando lo usan otros autores como Galdós o Casona. En los comentarios a *Nuestra Natacha* en la revista *Leviatán*, en junio de 1936, dice de este modo: «asistimos a la eterna contienda galdosiana de las dos Españas, circunscrita aquí al terreno de la enseñanza». Explica de la manera siguiente el símbolo femenino de la obra de Casona: «Aquí entra *Nuestra Natacha* —puede leerse *Nuestra República*— con entusiasmo renovador». Alaba los recursos literarios de Casona e insiste en la necesidad de hablar por parábolas. Es ésta una proclividad senderiana que estudiamos más adelante y que creemos que ha utilizado en la novela sobre el cantón.

Diversos revolucionarios. Sender recrea dos líderes revolucionarios históricos, Antonete Gálvez y Colau, no siempre con fidelidad al pasado. Gálvez habla con lenguaje y conceptos marxistas, impropios de un líder cantonal, y Colau discute con *mister Witt* y con el cónsul sobre problemas relativos al Estatuto, anacronismo evidente. Otros personajes revolucionarios, como Paco, *el de la Tadea*, Hozé y Calnegre, entes literarios, plantean con su personalidad ideas, actuaciones, reivindicaciones y problemas de la España de 1935.

Entre los conflictos internos de la izquierda política tratados por la prensa, destaca el de la relación entre republicanos y revolucionarios y se desarrolla una propuesta de unidad como la mejor solución. Ángel Pestaña, destacado sindicalista, escribía en junio de 1933 en *La Libertad* que la solución estaba en la alianza entre «los técnicos y los intelectuales con las clases trabajadoras». Se discutía cómo debía hacerse la revolución y si la forma violenta era perjudicial para el progreso y para la República. La polémica inacabable afectaba a los grandes partidos obreros —socialistas, anarquistas— y, dentro de ellos, a sectores enfrentados. La prensa

«senderiana» apoya posiciones moderadas. Se discute también el límite de las concesiones autonómicas a Cataluña. En abril de 1931, *La Libertad* manifestó su inquietud por la proclamación anticipada de la República catalana y en 1932 aplaudió el famoso discurso de Azaña que «salvó el Estatuto» y supuso la conciliación con los nacionalistas más exigentes, los seguidores de Companys. Ahora bien, estos grandes problemas básicos del orden republicano estallaron en octubre de 1934 y, de nuevo, de manera muy crítica ante las elecciones de febrero de 1936. Es el telón de fondo para rememorar la dura lección de Cartagena.

—El líder moderado, Gálvez. En el socialismo de la Segunda República, Indalecio Prieto representa la posición moderada y Largo Caballero la más radical. Ambos participaron en la revolución de octubre. La tensión llegó a ser grave y hubo serios incidentes, entre los que destacaron los de Écija. En mayo de 1935, *La Libertad* asumió la publicación de la defensa personal que hizo Indalecio Prieto de sí mismo en cinco largos y densos artículos, editándolos con gran alarde tipográfico. En ellos no sólo defiende con pasión sus ideas, sino su persona, ante las graves injurias que vierten los compañeros de su partido. Así, el 22 de mayo, «Denuncia a los falsos revolucionarios» y les reprocha «el brote de un revolucionarismo excesivamente verbalista y vano caracterizado por impacencias infantiles». En su escrito de unos días después, titulado «Los roedores de derrotas», arremete contra los que «encizañan» el partido y expone cómo en esta situación el papel que le toca desempeñar es el de «impedir que el partido se encamine por sendas peligrosas».

Hay una clara analogía entre la actitud de Indalecio Prieto y la del personaje de la novela Antonete Gálvez. Éste, que en todo el relato aparece como el líder revolucionario más atractivo, se enfrenta con dureza (cap. IX) a sus airados seguidores, partidarios de una acción más violenta. En un enérgico discurso les dice para disuadirlos: «Hay que pensar, ante todo, en caminar por los senderos transitables, sin tratar de salvar a brincos abismos y barrancos, en donde forzosamente nos despeñaríamos» (p. 346). En ambas ocasiones, la de la realidad y la de ficción, nos encontramos ante idénticas situaciones, similares argumentos e, incluso, análogas metáforas. Se da, además, una coincidencia en las fechas y en el entorno en que escriben Prieto y Sender, entre mayo y noviembre de 1935, lo que impide creer en una casualidad. En sus artículos de *La Libertad* Prieto hace una apelación en defensa de su propia honradez, que se ha puesto en duda en sectores de su partido. Utiliza un tono muy emotivo, al decir: «ante mi conciencia no puedo acusarme de traición, de deslealtad, ni siquiera de flaqueza en las ideas que prendieron en mí [...] he servido a mi partido siempre, ¡siempre! hasta en sus errores». En la novela, Antonete continúa también su discurso y dice emocionado, apelando a su trayectoria personal, para eliminar cualquier sombra de duda: «Me habéis visto ofrecer mi vida por vuestra libertad. Me habéis visto abrir los brazos a todo el que quería combatir contra el Gobierno» (*ibid.*). Y el narrador, al llegar a este punto, en medio del discurso de su personaje, hace un inciso para introducir este comentario: «Antonete se había abandonado ya a la retórica» (*ibid.*). De hecho, es la misma sensación que se tiene cuando se sigue

leyendo, en la prensa de 1935, el discurso de Prieto, en el que con frases encendidas dramatiza su defensa: «Desafío a que se señale en los treinta años de militante no ya una prueba de traición, sino el indicio de una deslealtad o simplemente un signo de flaqueza. He servido a mi partido siempre, ¡siempre! [...] Que se ponga en pie quien pueda concretar algo». Estas palabras pertenecen al discurso de Prieto reproducido en la prensa. En la escena de la novela hay también, tras la apelación de Antonete a su integridad personal, un clímax de máxima tensión que incluye un desafío. En efecto, describe el novelista el momento, con precisión plástica, de este modo: «Antonete [...] lo agarró de la solapa de su vieja chaqueta [...] le hizo levantar los ojos y lo miró, queriéndole entrar en el alma» (p. 347). En el desenlace del enfrentamiento, Sender se decide por el líder moderado, Antonete, igual que su periódico defiende a Indalecio Prieto. También hay en ambos textos dolor por el sentimiento de fraternidad herido. Indalecio Prieto lo expresa con estas palabras emocionadas: «[...] tengo sobre aquella parte del alma donde las injurias hieren una costra formada por la cicatriz de mil desgarrones [...] la injuria del enemigo la acojo con gestos de ira [...] amargura tremenda me causa verme tratado así». El personaje de la novela apela asimismo al sentimiento para rechazar la injusta acusación de sus correligionarios: «Vosotros, mis hermanos, a los que quiero más que a mi mismo» (*ibid.*). Y vuelve a intervenir el narrador para subrayar la convicción de sus palabras, con esta descripción tan vívida: «y lo decía con una fe contagiosa, con los ojos brillantes, con una mano crispada sobre su pecho» (*ibid.*). Con la certeza de quien ha vivido el episodio, matiza el narrador una última pincelada que proporciona una inmediatez visual: «crispada espontáneamente, sin histrionismo» (*ibid.*).

—El partidario de la acción violenta, Paco. El oponente de Prieto en el Partido Socialista fue Francisco Largo Caballero. Los historiadores, sus biógrafos y él mismo en sus *Memorias* hablan de su origen humilde, de su honrada y difícil tarea en el partido, de su indiscutible condición de líder obrero, así como de sus posiciones políticas. En el recuerdo de sus correligionarios se le conocía con el nombre familiar de Paco, *el Estuquista*. Sender lo consideró un «revolucionario romántico» en un artículo titulado «Grotesco y falso. Una revolución en voz baja y de puntillas» (*La Lucha*, 30 de enero de 1934). Condena ciertas actitudes revolucionarias, tal y como ha sostenido tantas veces.

Harían falta más datos para argumentar debidamente que la figura de Largo Caballero ha inspirado a Sender a Paco, *el de la Tadea*. Sin embargo, hemos detectado analogías. En la novela, se resalta que es un dirigente obrero espontáneo, de origen humilde, y su nombre, Paco, unido al apodo, en este caso *el de la Tadea*, le hacen algo más que vagamente similar. Coincide también el papel que juega en el episodio novelesco como oponente frontal a la moderación de Gálvez. Otro rasgo que los asemejaría es que ambos estuvieron casados con mujeres destacadas por su labor política, por su decisión y por su popularidad. Al presentar a Paco, Sender lo llama «Paco *el de la Tadea*» y lo caracteriza sin demasiada simpatía: «era hosco, reconcentrado [...] carecía de ambiente entre los campesinos, [y] lo tenía entre los compañe-

ros de la fábrica y era bien visto en la miserable callejuela de pescadores [...]» (p. 201). Sin embargo, trata de la esposa de Paco y ofrece la imagen de una mujer decidida y muy popular: «Tadea, la mujer de Paco, que tenía una fuerte personalidad y discutía de política con los hombres [...]» (p. 202). Despierta la burla de las otras mujeres porque, «viéndola siempre con hombres, de igual a igual» (*ibid.*). Al describir al matrimonio destaca la superioridad de la mujer, que colaboraba en la acción política cerca de los campesinos: «la relación con los campesinos la tenía casi exclusivamente a través de su mujer» (p. 203). Dice Sender de forma explícita: «Paco era *Paco el de la Tadea* entre los campesinos. Paco, entre sus compañeros de trabajo. Y entre los pescadores [...]» (*ibid.*). Pues bien, todos los periódicos del año 35 dieron una enorme importancia a la mujer de Largo Caballero con motivo de su fallecimiento. Su entierro, en unas condiciones políticas de gran tensión, con los líderes obreros encarcelados, se convirtió en un acto multitudinario en contra del Gobierno y a favor de la unión de los partidos de la izquierda. Al resaltar su figura, no sólo se destacaba su papel de mujer del dirigente socialista, sino, sobre todo, sus muchos valores personales como militante obrera, combativa, y el firme apoyo que prestó a su marido hasta el último momento de su penosa muerte. El periódico *La Libertad* del 12 de octubre le dedica estas líneas elogiosas: «mujer de pueblo, fuerte de cuerpo y de espíritu [...] fue para el luchador la mano animadora, tierna y femenina».

—El federalista, Colau. En esta relación analógica, nos parece muy probable que el personaje de Colau se refiera al líder catalanista más radical en su nacionalismo, cuya intervención en la revolución del 34 fue muy destacada, es decir, a Lluís Companys.

El perfil del personaje novelesco y su papel en el proceso revolucionario no concuerdan con los que tuvo el confuso personaje histórico de 1873 del mismo nombre.³¹ El Colau de la novela de Sender es, en cambio, un elemento fundamental en el conflicto narrativo y en la relación de los protagonistas, atrae a Milagritos y disgusta a *mister Witt*. Su desairado fracaso permite la reconciliación final de la pareja. Es un personaje que aparece tarde y que no suscita en el narrador demasiadas simpatías, pero deja prendada a Milagritos, que le defiende y colabora con él hasta casi el último momento. Su personalidad se describe como contradictoria: «Rico y dadivoso. [...] Se arruinó y volvió a enriquecer varias veces. Se decía [...] que no tenía escrúpulos cuando alguien se atravesaba en su camino. Colau tenía un aspecto feroz, pero Milagritos decía que era un bendito en el fondo» (p. 365). La atracción de Milagritos es tan fuerte que le acompaña en varios momentos. Su aparición en la novela renueva los celos de *mister Witt*, que tiene de él una opinión reticente: «*Mister Witt* lo trataba con una frialdad calculada» (p. 402). Se dice que «[h]ablaba un español estropajoso, mezclado de francés» (p. 364). Y de sus maneras pensaba el inglés: «“¡Qué *gentleman* más cafre!”» (p. 403). *Mister Witt* lo compara en muchas ocasiones con

³¹ Véase José María JOVER, ed. cit., p. 365, n. 14.

Froilán por sus románticos planteamientos políticos y pronostica graves males por su obstinación y un gran coste político por su rebeldía. Su recelo se convierte en franca hostilidad cuando comprueba los heridos y muertos en las calles. Maquina el sabotaje en la nave de Colau, se alegra de su destrucción, pero le alivia comprobar que el personaje salva la vida a pesar del grave desastre que ha producido.

Este personaje, que juega un papel tan destacado, el narrador lo aclara poco. Le vemos de lejos y sabemos de él por lo que otros nos dicen. Hay episodios de la novela que ensombrecen su imagen, sobre todo los que se refieren a su reducto, la *Tetuán*, a donde va Milagritos y donde *mister Witt* sitúa su elucubración sobre una infidelidad de carácter indefinido. También se decía que había «orgías a bordo del *Tetuán*. Subían mujeres alegres» (p. 514), cuando la ciudad estaba bajo los horrores del asedio. Como contraste, se insiste en la enorme popularidad de que gozaba Colau y se comenta que con su éxito inicial elevó la moral colectiva: «La moral del pueblo, a pesar de lo grave de la situación, había mejorado mucho con el triunfo de Colau. El improvisado almirante había pasado al primer plano de la popularidad, y como era por sus modales, por su traje, por su origen social, el que estaba más cerca de los humildes, el entusiasmo por Colau rayaba en el delirio» (p. 473). Colau es un federalista. El cónsul y *mister Witt* quieren pensar que la solución a la sublevación cartagenera vendrá cuando Madrid acepte un pacto en el que «"[l]os intransigentes [...] obtendrán un estatuto para el cantón". Era lo inteligente» (p. 369), lo que ciertamente es un anacronismo, quizá intencionado por parte del novelista. Colau tiene la colaboración de los líderes obreros, de Antonete y de Paco, *el de la Tadea*, pero su finalidad autonomista queda diferenciada de los propósitos de reivindicación social de sus aliados revolucionarios. El saludo que se intercambian es «Salud y Federación» (p. 476). Por otra parte, Jover ha probado que alguno de los episodios que se narran, como el de la burla a la efígie de Lobo, sucedieron en Barcelona y no en Cartagena.

No hemos encontrado textos periodísticos que avalen esta analogía, pero sí suficientes referencias en los libros de historia para sustentarla como conjetura. Es bien sabido que en la revolución de octubre, en Barcelona, Companys proclamó el Estat Català en medio del entusiasmo popular e invitó al general Batet a que, declarado el estado de guerra, se pusiese al servicio de la República Federal. La colaboración de los partidos obreros con la Generalidad de Cataluña fue clara. Se discutió mucho, sin embargo, cuál había sido la verdadera actuación de Azaña, que estaba en Barcelona aquellos días. Para aclararlo, éste escribió el libro del que hemos tratado más arriba. La relación, por lo demás, entre Azaña y Companys no fue de simpatía. Azaña fue un gran defensor de las reivindicaciones de Cataluña, si bien nunca aceptó las propuestas independentistas de Companys. En un discurso célebre de 1934 había pedido que se hicieran concesiones para evitar la «opción terrible» de elegir entre Cataluña y la República.³² Carr considera la relación entre Companys y

³² Véase Santos JULIÀ, *op. cit.*, p. 336.

Azaña mala y habla del recelo e, incluso, del desprecio que éste tuvo por el líder catalán (p. 606). El propio Azaña confirma esta opinión en sus *Memorias* (t. II, p. 299).

La novela ensombrece la figura de Colau al referirse a lo que «se decía» que pasaba en la *Tetuán*, es decir, las orgías que se celebraban en el barco mientras la ciudad estaba asediada. Al respecto, hubo escritos del año 1935 que denigraron el comportamiento de los dirigentes catalanes. En *Diez horas del Estat Català*, de Enrique de Angulo, feroz anticatalanista, se resalta la intensidad del cañoneo y, al mismo tiempo, la euforia popular; considera la «inmoralidad» de los dirigentes, seguidores y amigos de Companys, porque —subraya— celebraban «festines» extravagantes y abusivos para festejar el discurso en que se proclamó la República independiente de Cataluña. La novela resalta de Colau sus facetas contradictorias. Pues bien, un biógrafo respetuoso y fiel a la persona de Companys como Ossorio y Gallardo lo presenta en el prólogo de una obra dedicada al relato de su vida haciendo notar la disparidad de criterios que hubo sobre su personalidad: «[...] si oímos a unos [...] Companys era un golfo, un *trinxeraire*, hijo de la nada, inmoral, corrompido, enriquecido en negocios sucios, instigador de asesinatos, político ignorante y perturbador, furibundo enemigo de España [...], si oímos a otros era el prototipo de la generosidad, el apóstol de las nobles causas, el ejemplar de abnegación y sacrificio, el patricio magno de Cataluña, un buen servidor de España».³³ La cita pone de manifiesto la disparidad de sentimientos que despertó en vida Companys, lo que le ocurre también al Colau novelesco.

Algunos episodios

En los episodios de la acción revolucionaria se entretajan también situaciones de dos momentos históricos, 1873 y 1935. Sender, que utiliza como fuente de información sobre Cartagena el libro de Puig Campillo publicado en los años treinta,³⁴ selecciona pasajes que resultan similares a otros ocurridos en la revolución de octubre de 1934, relatados por la prensa. Durante 1935, levantada la censura, se publicaron varios reportajes muy directos. Sobre Asturias destacó el de Manuel Grossi, titulado *La insurrección de Asturias*, editado en Barcelona. *La Libertad* publicó reportajes firmados por Eduardo Guzmán. Según Jackson, los periódicos de la izquierda francesa se interesaron mucho y publicaron entrevistas con líderes obreros, como Belarmino Tomás. Siguiendo estas fuentes, pueden establecerse analogías entre los sucesos del cantón narrados por Sender en los capítulos IX y XI y los que ocurrieron en el 34 en Asturias, en Mieres y Campomanes los días 4 y siguientes de octubre.

³³ Ángel OSSORIO Y GALLARDO, *Vida y sacrificio de Companys*, Barcelona, Nova Terra, 1976.

³⁴ Antonio PUIG CAMPILLO, *Historia de la Primera República. El cantón murciano*, Cartagena, Vda. de M. Carreño, 1932.

En el capítulo IX (pp. 329-348), Sender describe la expedición de los cantonales a Hellín, que, se dice, sale de Murcia, «capital del cantón», y la dirige Antonete, aunque va en ella también alguien «muy significado por su capacidad de organización y por su entusiasmo político de fondo francamente anarquista». Solucionan el problema que plantean algunos «indecisos». ³⁵ La misión de los voluntarios era la de ir a «poblaciones pacíficas que como Hellín habían dado pruebas de adhesión al nuevo régimen». Llegan allí de noche, «a las diez», y los voluntarios temen la actitud que puedan tomar los artilleros, puesto que «con la oscuridad era más difícil vigilarlos». Cuando, desde la estación, llegan al centro de la ciudad «grupos de vecinos aparecieron dando vítores a Antonete y al cantón». Su entrada se convierte en «una fiesta republicana llena de discursos ardientes». En este momento, ocurre un hecho dramático: «se oyeron tiros en la estación». Antonete, contrariado, verá que «[u]n soldado de infantería de Iberia yacía sobre su propia sangre». El líder revolucionario pide una explicación y le dicen que «[l]e dieron el alto y no contestó. Al saltar sobre el ténlder le hicieron fuego y lo mataron». La novela narra entonces el enfrentamiento entre Antonete y algunos de los suyos, deseosos de tomar represalias y dedicarse al pillaje. Los disuade con su enérgico discurso, que comienza: «Si tratáis de destruir la propiedad, la religión, la falsa moral, yo os digo que por ahora no lo conseguiréis». Y les advierte: «Buscaréis vuestra propia ruina y la de vuestros hermanos». De esta situación se deriva el choque verbal que hemos tratado al estudiar las posturas ideológicas del líder moderado frente al más radical. En resumen, la expedición, que es acogida triunfalmente, tiene un percance y se desata la violencia, calificada de estéril.

Si leemos a Jackson y a Manuel Grossi, comprobamos un episodio similar en la Asturias de octubre de 1934. La expedición revolucionaria hacia Mieres se organizó desde Oviedo, capital de Asturias, integrada tanto por socialistas como por comunistas, y se resalta que ambos partidos «se enorgullecían de su disciplina, estaban ansiosos por prevenir el pillaje». Se subraya que «el comité de Oviedo miraba con sospecha a aquellos que insistían en pedir servicios nocturnos». Grossi explica que los voluntarios llegaron a Mieres después de atravesar con facilidad otras localidades, ya muy tarde, cuando había caído la noche. Cuenta también que la ciudad «les abre los brazos» y que desde el Ayuntamiento se proclama alegremente la República social. Describe los problemas que surgieron con los guardias de asalto e insiste en que los dirigentes de la expedición tenían especial interés en evitar la efusión de sangre, por lo que leen un comunicado. Explica que tras una breve deliberación los guardias deciden rendirse, pero, cuando está a punto de resolverse la situación, se produce un grave suceso. Jackson, que ha utilizado a Grossi, lo explica así: «uno de los guardias, enloquecido por el miedo, escapó del círculo que habían hecho los dirigentes moderados con sus propios cuerpos para evitar violencias, y

³⁵ Una situación similar se repite en la novela de Sender *Contraataque*.

fue muerto a tiros». Tanto Grossi como Jackson explican cómo, a continuación, se producen los temidos actos de pillaje, lo que llevará a los dirigentes revolucionarios Teodomiro Menéndez y Belarmino Tomás a actuar de forma enérgica contra los que entre sus seguidores son «pequeña minoría que había aprendido el odio de clases, sin aprender la disciplina revolucionaria [...] que creía que la liquidación física del enemigo estaba a la orden del día» (p. 150).

Ambas situaciones tienen muchas similitudes. Se trata de expediciones formadas por voluntarios movidos por el espíritu revolucionario, salen de la capital. Hay dirigentes de grupos diversos y tienen especial interés en evitar la violencia para dar una imagen favorable de su actuación. En las poblaciones por las que pasan son acogidos con alegría. Llegan de noche al lugar de destino, se produce una euforia popular y se proclama con entusiasmo el nuevo régimen. En este momento ocurre la situación dramática: un soldado de la guardia es muerto por disparos en un momento de confusión. Se desencadena entonces el temido furor violento y los dirigentes se oponen con dureza, pronunciando enérgicos discursos. Como puede verse, las analogías no son sólo de contenido, sino también de estructura narrativa, por lo que resultan algo más que casuales, teniendo en cuenta además que ambos textos se escriben en medios muy cercanos y en el mismo año.

El segundo episodio de la novela análogo al publicado sobre hechos del 34 es el de la expedición a Chinchilla en el capítulo XI (pp. 374-390). La secuencia está narrada con detenimiento y de forma directa. Se decide acudir en ayuda de los federales de Valencia y hay agrias discusiones entre los dirigentes y entre éstos y los obreros por creer injustificado el plan: «[Hozé veía que] Valencia es más grande que Cartagena. Allí hay muchos más obreros que aquí». Por fin, saldrá la expedición en varios trenes. Al llegar a Chinchilla, se enteran por telégrafo de que las tropas del Gobierno han ocupado Valencia. Tras duras discusiones sobre la estrategia que seguirán, deciden regresar. El tiempo perdido por la impericia de los revolucionarios, «[l]os clarinazos, las largas horas de maniobras entre la estación y la ciudad», permitieron al jefe de las fuerzas gubernamentales localizar a sus enemigos y plantear un ataque eficaz: «emplazar tranquilamente los cañones». A pesar de que las fuerzas del Gobierno tienen menos recursos, la emboscada al tren de los cantonales es tan efectiva que recibe un fuego cruzado: «Los cañones de Salcedo dispararon sobre el tren de Contreras. Una bala atravesó el departamento donde iban el general y Antonete». El ataque gubernamental produce el descarrilamiento del tren cantonal y, con él, la derrota: «Sobre el convoy cayeron las fuerzas de Salcedo». Y, aunque no sufrieron demasiadas bajas, al conseguir ayuda, el narrador explica que «[e]l descalabro fue absolutamente injustificado». A partir de ese momento, se describe cómo crece la protesta en las filas de los revolucionarios vencidos y cómo al llegar a una venta culpan a Contreras. Al día siguiente, estallarán en Cartagena violentos motines: «Los voluntarios formaban banderías sueltas y recorrían la población muy excitados». Se extienden las acusaciones de traición, que producen peligrosos enfrentamientos. El lugar donde se encuentra Contreras tiene que ser protegido

para que no entren los amotinados. La tensión entre los sectores revolucionarios culmina con el diálogo entre el líder moderado, Antonete, y el ingenuo revolucionario Hozé. El primero dice: «Nos hemos sublevado en nombre de la Federal, que es fraternidad y humanidad». El discurso de Hozé representa bien el otro sector elemental y violento: «¿Es que no hay carlistas y alfonsinos en la calle Mayor? ¿Es que no hay iglesias y curas? ¿Es que todos esos no serán traidores en cuanto puedan? Yo lo arreglaba en seguida echándoles la soga al cuello y quitándoles todo lo que tienen». La secuencia de la novela termina, según el sentido aleccionador del autor, con el triunfo dialéctico de Antonete Gálvez, que calma a los incendiarios dejándoles que abran el penal.

En el 34, hubo entre Oviedo y Campomanes tras los sucesos de Mieres una situación semejante a la que en la novela se sitúa en Chinchilla después de los hechos de Hellín. En Asturias se habían producido tensiones entre los dirigentes, existía una fuerte resistencia obrera a participar y, sobre todo, un desánimo por el acoso gubernamental. Se hizo la expedición en ferrocarril y los revolucionarios asturianos tuvieron que hacer frente a una emboscada de las fuerzas gubernamentales, que triunfaron a pesar de contar con menos efectivos. Jackson da cuenta de los enfrentamientos que hubo entre los revolucionarios para evitar los desmanes de los más exaltados; también, las duras acusaciones de cobardía y amenazas de muerte cuando aconsejaron la rendición: «cuando los revolucionarios se supieron aislados, en Oviedo, González Peña tuvo dificultades para impedir que los mineros, desesperados, volaran la catedral, desde donde aseguraban que habían disparado». Unos días después, el mismo líder obrero González Peña y otros dirigentes «que aconsejaban la rendición fueron acusados de cobardía y se les amenazó con darles muerte». Según el relato de los hechos históricos de Asturias, cuando el cerco se hace más estrecho González Peña, «agotado por los esfuerzos para evitar las destrucciones innecesarias e incapaz de convencer a los mineros de lo inútil de continuar la resistencia, dimitió». La expedición de voluntarios salió, con todo, de Oviedo hacia Campomanes en un tren blindado y tras encontrarse con dificultades, parecidas a las de los cantonales de la novela, tuvo que hacer frente, sin éxito también, a una emboscada gubernamental. Jackson lo cuenta con estas palabras: «a la mañana siguiente [un nuevo comité] envió un tren blindado de seis vagones con unos doscientos hombres al pueblo de Campomanes». Y hace esta observación sobre las resistencias internas: «los obreros ferroviarios cooperaron de mala gana». Resume así el episodio del fracaso de la expedición: «a unos pocos kilómetros de la ciudad fue necesario hacer un alto de tres horas para reparar la caldera, pues tras toparse con una patrulla enemiga, aquélla había sido agujereada por los disparos de armas de fuego». Concluye escuetamente dando cuenta de las tensiones que se produjeron en el grupo revolucionario: «al jefe de la expedición le costó mucho trabajo impedir que sus hombres mataran al maquinista, del que sospechaban que había cometido sabotaje». Este último episodio lo había escrito con viveza Grossi en su reportaje publicado en 1935.

Por último, merece comentarse la muerte de ese personaje popular que en la novela encarna el Calnegre. Sacado de la cárcel durante la revolución y fiel hasta el final a unas convicciones de lucha encarnizada y estéril contra el opresor, persistía en su acción, «seguía con su tema. Tenía puesta la mirada en las casas de la calle Mayor» (pp. 477-478). Alcanza en la novela el sentido trágico del heroísmo anónimo, quizá inútil pero lleno de grandeza: «una granada lo mató en el amanecer de uno de los días últimos de octubre» (p. 478). El Calnegre es un personaje literario que representa al anarquista primario que el propio Sender había presentado en otras novelas. La guerra civil demostrará que había muchos hombres similares. Dos años antes, en la revolución de Asturias, Grossi, en su reportaje, se había ocupado de ellos. Dedicó un breve capítulo a lo que llama «Un caso entre mil» y exalta en él la muerte de uno de los mineros, cuya ingenua fe en el éxito le llevó a resistir hasta el final. El periodista describe así su trágico y emocionante final: «mientras sigue el bombardeo, unos paisanos resisten en el cementerio. Uno toma dos bombas y pasa las líneas enemigas. Cae a tierra acribillado por las balas lanzando un viva a la revolución».

SENDER: EL RECURSO DE LA PARÁBOLA Y LA PREOCUPACIÓN POR LA REVOLUCIÓN

La ensoñación, la fábula y la parábola las utilizó Sender por lo menos desde 1932; en *Siete domingos rojos* y *La noche de las cien cabezas* y en artículos de periódicos³⁶ como «La cigüeña en el ayuntamiento» (*La Libertad*, 14 de julio de 1932) y sobre todo en «La dula de Coscollano» (*La Libertad*, 3 de septiembre de 1932), fábula política, referida a la República, en la que escribe: «una lección sencilla y de buen aprender en la ciudad, donde hay dulas y bueyes cojos extraviados que pacen en lo común al lado de las cabañas señoriales».

La preocupación por el proceso revolucionario y su moralidad se plantea en todas las novelas juveniles de Sender a través de un personaje que es escritor. En la prensa nunca aplaude la revolución, aunque sienta por ella simpatía. Advierte sobre la esterilidad de una acción que será admirable pero que se convierte en contraproducente.³⁷ Vemos que invalida los méritos de los anarquistas —«la FAI divaga [...] la CNT, se adormece» (*Solidaridad Obrera*, agosto de 1931)— y de los comunistas —«están divididos. No harán nada» (*La Libertad*, 1 de diciembre de 1932)—. Coincide con la izquierda progresista, republicana y enemiga de la revolución violenta: «todas las rebeldías son infecundas y estériles» (24 de enero de 1933, en *La Libertad*); «No, no es ése el camino» (el 13 de diciembre de ese mismo año). Y estos otros títu-

³⁶ Vid. Mercedes DIEZ-PICAZO, *op. cit.* Se citan numerosos ejemplos de las publicaciones de Sender en los años treinta.

³⁷ Este asunto lo hemos estudiado detenidamente a través de los escritos. Remitimos al estudio citado.

los, explícitos, todos ellos en *La Libertad*: «Los falsos revolucionarios» (9 de enero de 1932), «Para quienes juegan con fuego» (27 de mayo de 1932), «La obsesión revolucionaria» (4 de enero de 1934), «La revolución fracasará y con ella morirá la República» (8 de febrero de 1934), «El revolucionarismo infantil» (19 de mayo de 1935, I. Prieto). Cree en la colaboración entre las fuerzas de la izquierda, las masas obreras y la burguesía intelectual; la tradición republicana progresista que defiende *La Libertad* —«La República es obra del pueblo» (15 de noviembre de 1931) y «La República que quiere el pueblo» (13 de abril de 1935)— y se propone para las elecciones de 1936. Es la propuesta simbólica de la novela premiada: la solución es la fusión entre el pueblo y la burguesía intelectual progresista, propuesta que había hecho en *Orto* —«La fusión de las tendencias revolucionarias» (4 de marzo de 1933)—, en *La Libertad* —«El Frente Único como solución al problema del nazismo»— y en *Tensor* (mayo de 1935): «la auténtica burguesía española, que no ha hecho su revolución suspira al lado de Azaña. Sólo puede salvarla la presión de las masas populares».

CONCLUSIONES

El contenido de la novela *Míster Witt en el cantón* está entrelazado con los problemas de la Segunda República; con ella se hacen propuestas políticas que de ninguna manera pueden situarse en la izquierda revolucionaria.³⁸ Sender, que realiza su novela en un momento crítico para la vida española, practica una literatura que influya en la realidad. De ahí la premura de su elaboración y su presentación apresurada al Premio Nacional de Literatura. Las críticas que se le hicieron al publicarse, más bien reticentes y discordantes, aludían a posibles situaciones vividas. Las que se publicaron más tarde hicieron notar la improcedencia del comportamiento de algunos personajes, pero no le dieron una interpretación general.

Hay numerosas latencias de la Segunda República en los personajes y situaciones de la novela, que trata del final de la Primera. El uso de la historia como lección política para el presente era un procedimiento popular en la prensa. En los periódicos republicanos con los que Sender colaboró, el tema del cantón de Cartagena tenía una intensa connotación. Era el episodio que recordaba los perjuicios de la revolución contra un régimen republicano. Se usó frecuentemente tras el 34. Hay similitudes entre personajes de la vida política y los de la novela. Los rasgos de Galán, como mártir de sus ideas republicanas, cuya sombra pervive y por cuya muerte se susurran responsabilidades entre los republicanos, coinciden con la figura novelesca de Froilán Carvajal. La personalidad de Azaña la dibuja esta pren-

³⁸ A la vista de lo reiteradamente expuesto en este trabajo, parece que hay que abandonar definitivamente la adscripción de Sender a la izquierda revolucionaria en los años previos a la guerra de 1936. Sólo la visión generalizadora y confusa que se tuvo en la postguerra de todos los que colaboraron con la República y pertenecieron al Frente Popular puede explicar el error.

sa y el Sender periodista con muchos de los valores y defectos del personaje central de la novela, es decir, de *mister Witt*. Sobre Azaña se destacó mucho el difícil papel que tenía en la República y se hizo especial hincapié en su actuación enigmática durante la revolución de 1934 en Barcelona. Fueron todos ellos asuntos destacadísimos durante 1935.

Era frecuente en la prensa estudiada recurrir a la personificación femenina de la República y ejemplificar con ella para facilitar la comprensión de los grandes problemas políticos. Era habitual tratarla familiarmente, en forma de mujer, darle nombre y ensalzarla como portadora de todos los valores positivos. Es el modo en que Sender recrea a Milagritos. Hay analogías entre los revolucionarios de los años treinta y los que se recrean en la novela. El socialista moderado Indalecio Prieto, cuyos enfrentamientos con los partidarios de la acción más violenta, como Largo Caballero, sobre todo, durante la revolución de Asturias en 1934, se trasladan a los que tienen Antonete Gálvez y Paco, *el de la Tadea*. Hay similitudes entre la personalidad y el papel jugado por Companys en la revolución catalana del 34 y los que en la novela tiene Colau. Por último, de los sucesos del 34 se destacaron en las publicaciones de esos meses episodios similares a los que suceden en el relato literario.

Hay que añadir que nuestro escritor utilizó pronto y con frecuencia en la prensa el recurso de la parábola para moralizar sobre política, lo que consideraba un recurso válido. La novela de *Mister Witt en el cantón* pretende ese objetivo. La preocupación de Sender y de la prensa en la que escribe por la violencia revolucionaria, a la que se considera estéril y perjudicial, y la idea de que para salvar la actuación progresista de la República la única vía es la de la unión fecunda de las fuerzas de la izquierda eran temas que estaban en el primer plano de la actualidad ante la inminencia de las elecciones de febrero de 1936.

La novela de *Mister Witt en el cantón* tiene, así, una intención didáctica: mostrar que, pese a todo, deben unirse el vitalismo ingenuo y positivo que encarna Milagritos y el atormentado y dubitativo que se percibe en *mister Witt*. En un escenario connotativo, el de la revolución del 73, pasa revista a los conflictos personales y sociales que se producen. Se vale de fuentes históricas, pero la latencia de los acontecimientos del presente —en particular de los del 34— es tan inmediata que el lector de 1936, que los ha vivido, percibiría fácilmente su significado. Muestra lo improbable del triunfo revolucionario. Los obstáculos, el dolor, el hambre y la muerte que dichos acontecimientos producen. La aventura de Colau es otra fantasía que atrae a Milagritos y crea euforia en la población, pero siembra destrucción. *Mister Witt*, que no la acepta, participa en su fracaso. El final de la novela, así, es coherente con la lección que pretende darse: rota la utopía, la solución es aceptar la realidad, aunque sea prosaica, para mantener la esperanza. De ahí, la propuesta de «fundirse», a pesar de todo, tener un «hijo» y «volver» a «Cartagena».

Sin embargo, los avatares posteriores dieron a la novela una significación distinta. Cuando se escribió y consiguió el Premio Nacional de Literatura, dos meses

antes de las elecciones, la solución que proponía era plausible. Cuando se publicó, ya en abril de 1936, el panorama era distinto. La victoria del Frente Popular renovaba las expectativas del triunfo revolucionario, por lo que la novela resultó imperpinata y sobre ella cayó el silencio y la incomprensión («fue asimilada sin chistar», dice Sender). Quizá hubiera sido mejor que influyese, pero no lo consiguió. Después de la guerra civil se transformaron hasta tal punto todos los planteamientos que la propuesta hecha en la novela se hizo incompreensible. Cuando casi cuarenta años después se reeditó, la situación era tan distinta que una novela que traía la memoria del aliento revolucionario y las utopías populares, en un momento en que sobre España pesaba una dictadura como la franquista, escrita además por un exiliado republicano del que se destacaba su simpatía por el anarquismo y cuya tragedia familiar estremecía, se convirtió en una obra con un significado diferente al que había tenido en su origen. Es curioso, en este sentido, comparar las distintas portadas que ilustraron ambas ediciones. En la de 1936, un grabado representaba los cañonazos de los barcos en el puerto de Cartagena, simbolizando el duro final de la revolución. En la edición de 1968, otro grabado muestra, en cambio, la euforia popular de un levantamiento. Son, probablemente, síntomas de los anhelos y preocupaciones de cada momento histórico que quieren verse reflejados en la literatura.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA³⁹

I. Fuentes hemerográficas

Diarios:

- El Sol*, 1926, 1928, 1930.
- Solidaridad Obrera*, 1930, 1931, 1932
- La Libertad*, 1930, 1931, 1932, 1933, 1934, 1935, 1936.
- La Lucha*, año I, enero a marzo de 1934.
- Mundo Obrero*, enero y febrero de 1933.
- The Times Literary Supplement*, años 1937 y 1957.
- El Liberal* [Bilbao], octubre de 1935.
- El Liberal* [Madrid], octubre de 1935.
- El Heraldo* [Madrid], octubre de 1935.
- El Sol*, octubre de 1935.
- ABC*, octubre de 1935
- El Debate*, octubre de 1935.

³⁹ Me limito a señalar las fuentes bibliográficas y hemerográficas referidas a *Mister Witt*. Omito la bibliografía general referida a Sender y los tratados de historia de carácter general, conocidos. Una relación completa puede verse en mi estudio varias veces citado.

Revistas:

Nueva España, años 1930 y 1931.

Orto. Revista de Cultura, años 1932, 1933 y 1934.

Octubre, junio-julio de 1933, abril de 1934.

Tensor. Información literaria y orientación, agosto, septiembre y octubre de 1935.

Leviatán, mayo y junio de 1936.

II. Fuentes bibliográficas

Ediciones de *Míster Witt en el cantón*:

Míster Witt en el cantón, Madrid, Espasa Calpe, 1936.

Míster Witt en el cantón, Madrid, Alianza Editorial, 1968.

Míster Witt en el cantón, ed. de José María JOVER, Madrid, Castalia, 1987.

Obras varias —biografías, reportajes, etc.— sobre personajes y episodios de los años treinta:

ANGULO, Enrique de, *Diez horas del Estat català* [reportaje del 6 de octubre], 2.ª ed., Barcelona, [el autor], 1935.

AZAÑA, Manuel, *El jardín de los frailes*, Madrid, [el autor], 1927.

———, *La invención del «Quijote»... y otros ensayos*, Madrid, Espasa Calpe, 1934.

———, *Mi rebelión en Barcelona*, Madrid-Barcelona-Bilbao, Espasa Calpe, 1935.

———, *En el poder y en la oposición*, Madrid, Espasa Calpe, 1935.

———, *Memorias íntimas. Con anotaciones de Joaquín Arrarás*, Madrid, Espasa Calpe, 1939.

———, *Defensa de la Autonomía de Cataluña*, Barcelona, Undarius, 1977.

———, *Memorias políticas y de guerra*, Barcelona, Grijalbo, 1978.

BORROW, Jorge, *La Biblia en España*, introd. y trad. de Manuel Azaña, Madrid, Ediciones Cid, 1967.

CARABIAS, Josefina, *Los que le llamábamos don Manuel*, Barcelona, Plaza & Janés, 1981.

GALÁN, Fermín, *Nueva creación*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1930.

———, *Cartas políticas. Desde la prisión de Montjuich*, Madrid, Ed. Castro, 1934.

GROSSI, Manuel, *L'insurrección des Asturies. Quinze jours de révolution socialiste*, introd. de Ramón G. Peña, prefacio de Joaquín Maurín, París, Études de Documentation Internationales, 1972. [Hubo edición en 1935 en Barcelona, Edicions «La Batalla»]

LARGO CABALLERO, Francisco, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México, Ediciones Unidas, 1976.

MONTFORT, Eugène, *La niña bonita o el amor a los cuarenta años*, trad. del francés por Manuel Azaña, Ediciones La Pluma, 1922.

OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *Vida y sacrificio de Companys*, Barcelona, Nova Terra, 1976.

PUIG CAMPILLO, Antonio, *Historia de la Primera República. El cantón murciano*, Cartagena, Vda. de M. Carreño, 1932 (2.ª ed., Murcia, Editora Regional, 1986).

RIVAS CHERIF, Cipriano, *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

ROJAS, Carlos, *Los dos presidentes: Azaña y Companys*, Barcelona, Dírosa, 1976.

VIUSA, Manuel, *Lluís Companys: Biografía popular*, Barcelona, La Magrana, 1977.

Referencias críticas a la obra *Míster Witt en el cantón*:

«Notas de lectura», *La Libertad*, 24 de junio de 1936, p. 4. [Lázaro Somoza Silva]

«El cantón murciano visto por un escritor proletario», *Leviatán*, 25 (junio de 1936), p. 63. [Francisco Pina]

Nueva Cultura [Valencia], 12 (junio de 1936), p. 22. [Eusebio García Luengo]

Índice Literario (Archivos de Literatura Contemporánea de la Junta de Ampliación de Estudios), 5 (1936), pp. 73-77. [Pedro Salinas]

«From the Spanish point of view», *The Times Literary Supplement* [Londres], 17 de abril de 1937, p. 291.

«Between reality and dream», *The Times Literary Supplement*, 3 de abril de 1959, pp. 185-186.

«Novela e historia en *Míster Witt en el cantón*», *Cuadernos Hispanoamericanos* [Madrid], 285 (marzo de 1974), pp. 635-645. [Jaime Pérez Montaner]

«Entrando en liza. Cinco apostillas a una réplica», *Ínsula*, 152-153 (1959), pp. 26-27. [José Corrales Egea]

«Las fuentes históricas de *Míster Witt en el cantón*», *Murgetana* [Murcia] (1972), pp. 5-10. [Luis López Martínez]